

T A B A R É

---

J U A N   Z O R R I L L A   D E  
S A N   M A R T Í N



## JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

*El autor del poema nacional del Uruguay nació en Montevideo, el 28 de diciembre de 1855. Después de los estudios primarios en los jesuitas de Santa Fe y entre los padres bayoneses de su ciudad natal, el padre lo envió a Chile, donde se vinculó y comenzó la conquista de una sólida fama literaria. Con Ituzáingo dió ya entonces la medida de su capacidad para la leyenda; con "Notas de un himno" afirmó el valor de su cuerda poética.*

*Regresado en 1878 a Montevideo, forma su hogar y reanuda la lucha política, dedicándose al periodismo, que le debe la fundación de "El Bien Público". Al año siguiente de su regreso a la patria, comienza a trabajar en Tabaré, que fue una de las grandes preocupaciones de su vida. El poema fue concebido por Zorrilla al admirar al gran actor italiano Salvini, y fue escrito con el Pensamiento fijo en la vaga figura de la madre, que el autor perdió en la infancia. El mismo confesó "Aquella mujer blanca y mística que Tabaré presiente, no habría sido evocada sin el recuerdo tristísimo, que me asalta de continuo. Y fue aquel manso dolor de ausencia, de lo no conocido, la gran fuente de inspiración".*

*En 1891 el gobierno de su país le nombró ministro en Madrid, donde su personalidad literaria y su actividad enaltecieron la diplomacia uruguaya. En igual carácter fue enviado luego a París y a Roma. Vuelto a Montevideo, dictó cátedra de Historia del Arte en la Universidad y cultivó asiduamente las letras. Una memorable asamblea lo consagró en vida poeta nacional del Uruguay, consagración que resume el juicio definitivo que mereció a sus compatriotas.*

*Juan Zorrilla de San Martín falleció en su ciudad natal el 4 de noviembre de 1931.*

*Además de las obras mencionadas, Zorrilla escribió "La leyenda, patria", el canto épico más popular en el país, "Huerto cerrado", "Artigas", "Decadencia", "Renacimiento", "Resonancias del camino" y "El libro de Ruth".*

*Tabaré es el símbolo magistral de la raza charra, el poema de la conquista. Nacido el protagonista de un cacique indio y de una noble doncella que el indio raptara, huérfano muy joven, se enamora de Blanca, hermana de un capitán español, don Gonzalo de Orgaz, quien mata injustamente al desdichado en plena selva, La trágica y sombría historia, en los versos magníficos de Zorrilla, le eleva a epopeya de América y constituye al impulso primigenio que determinó el surgir de la literatura notivista.*

*Si bien está fuera de lugar el descubrimiento de las reminiscencias que puedan advertirse en "Tabaré", cuyo verso clásico funde en expresión propia algunos pensamientos sugeridos, dejaremos que el mismo autor indique las luces que le alumbraron: Las de Dante se distinguen, claras como un día de sol: las reminiscencias de Shakespeare parecen escritas en mis versos con tinta roja o azul, bien fáciles de tocar con mano son las influencias de Homero y Esquilo, que yo deletreaba con pasión, o adivi-*

*naba en traducciones deplorables; nada digamos de las de los clásicos castellanos, las de Cervantes sobre todo, que yo me sabía de memoria. ¿Y quién que tenga ojos deja de ver, como las vio Valera, no sólo las de mi Gustavo Bécauer, geniecillo amable y querido, sino también las fortísimas de Goethe, Schiller y Ossian, que hacían resonar mi recién nacido corazón, como un escudo, con los golpes de sus verbos inauditos y comenzaban a extirpar, en mi vocabulario, los adjetivos afónicos de la retórica?"*

*He aquí de los propios labios del poeta los nombres de los maestros en cuya obra formó su espíritu y logró la medida de su expresión, Ricardo Rojas ha definido exactamente lo que Zorrilla ha tomado y hecho suyo de los poetas europeos que amó: él sentirlo del misterio subjetivo, el predominio del sentido musical de la poesía sobre el plástico, el amor a la tradición nacional, el predominio del pathos oratorio sobre el épico o lírico. Pero "su originalidad está en el contenido humano de su obra, siempre sincera y entusiasta".*

*Juan Valera que ha, escrito un hermoso estudio sobre "Tabaré", advierte con clarividencia que empeñarse en buscar un sello especial y exclusivo a esta obra poética escrita en América, sería absurdo. Porque el sello existe en Tabaré, inspirado por el medio ambiente, por la naturaleza magnífica, y por sentimientos, versiones y formas que no son sencillamente españoles, sino que a más de, serlo se combinan con elementos de la sensibilidad americana. Mas el hecho de que el poema lleve el sello de América no excluye en modo alguno que la obra asuma las características definidas de toda obra universal, con la ventaja de su sinceridad, lo que no ocurre con ciertas obras famosas de literato europeos, como por ejemplo, en Atala .*

## T A B A R É

*Tabaré además tiene un mérito propio: es una narración, una novela trágica, y sin embargo, el poeta logra disimular, sobre todo en la primera, parte, el hecho de narrar; él ha logrado ofrecer una serie de poesías líricas, a cuál más bella, en la que la vena poética se hace subjetiva, se torna personaje e inspira al lector con su propia inspiración.*

*Alguien ha escrito.- "Lo mejor que se puede decir de "Tabaré" al que no lo ha leído y ningún americano de mediana cultura debería hallarse en este caso es: "Lea usted Tabaré". El consejo, en el que va implícito el juicio más firme, merece ser aceptado.*

A. M. G.

## DEDICATORIA

A mi esposa Elvira Blanco de Zorrilla.

Te dedico *TABARE*... Y qué he de hacer?

Si fuera a esperar la época en que podré o no producir algo digno de ti, tendría que renunciar a la satisfacción de escribir tu nombre, que me es tan querido, al frente de una de mis obras.

Te lo dedico, pues; a ti, la inspiradora de aquellos mis primeros cantos de amor que aun me parece escuchar a la distancia, coma una serenata que acaba de pasar por mi lado, y cuyos acordes lejanos se desvanecen en una queja llena de melancolía.

Viejo ya, aunque sin canas, quizá sin muchos años, siento llegar hasta mí, fundidas en un solo acorde, las últimas notas de aquellos cantos de adolescente y las primeras risas de nuestros hijos. Hay algo de todo eso en la inspiración, que ha dado vida, mas o menos efímera, a este poema: hay, por

consiguiente mucho que es tuyo; tu espíritu y el mío palpitan identificados en él.

Sin duda por eso he mirado a *TARARE* con predilección; tú lo sabes pues ha sido tu rival durante muchas de esas pocas horas que el trabajo incesante o las preocupaciones de mi agitada vida me han dejado libre, y que hubieran sido tuyas y de nuestros hijos si no me las hubiera reclamado con derecho el pobre indio, soñada personificación de una estirpe muerta que, cuando menos, tiene derecho a nuestra compasión.

Cuántas veces, aunque no muy de grado, ahuyentaste de mi mesa de labor, a nuestra querida y bulliciosa caterva para hacer silencio en torno de la cura de mi charrúa!

Quiero devolvarte esas horas dedicándote la obra a que ellas fueron consagradas. Lee una que otra vez a nuestros hijos algunas de las estrofas de este pedazo de historia de nuestra patria, de esta su hermosa patria uruguaya, que con tanto tesón les enseñamos a amar después de Dios.

Si ellos llegaron a advertir que esta página íntima está echada en el destierro, recuérdales, pues tú lo sabes, que no debe culparse de ello a la patria, y enseñarles a preferir siempre el sufrimiento, que tú has sobrellevado conmigo, al abandono de su misión moral en la tierra.

No sin algún pesar me separo de *TABARE* Para darlo al público. El ha sido mi compañero inseparable y bueno durante estos últimos años de tantas amarguras para mi espíritu y, lo que es peor, de tantas desgracias para nuestro país. Pero va a tus manos, y esto hace menos sensible la despedida.



Que tú quieras también un poco a mi indio, cine tú lo mirarás con menos indiferencia de lo que él acaso merece, me lo demuestra el hecho de haber tú sentido una antipatía y una repulsión invencibles, hacia D. Gonzalo de Orgaz porque lo hirió de muerte en el bosque.

Si a ti se te hubiera dado a elegir el desenlace de mi poema, yo bien se cuál hubiera elegido.

No podía ser!

No: tu idea era imposible. Blanca (tu raza, nuestra raza) ha quedado viva sobre el cadáver del charrúa.

Pero, en cambio, las últimas notas que escucharás en mi poema son los lamentos de la española y la oración del monje; la voz de nuestra raza y el acento de nuestra fe: la caridad cristiana y la misericordia eterna.

El poeta no puede decir mentiras por más dulces que ellas sean.

Te ríes?

Pues no te lo digo en broma. El arte es la verdad, la alta verdad inoculada en la ficción como un sople vivificante y eterno: de ahí que la verdad, lo real en el arte, no esté en la forma, como lo eterno en el hombre no está en el cuerpo.

Y la prueba de ello la tienes en que la alta verdad, la excelsa realidad del pensamiento alma de la creación artística, ha inmortalizado y conducido triunfantes a través de los siglos, obras de formas diversas y hasta radicalmente opuestas, formas que recorren un diapasón tan extenso como el que media (te citaré dos obras que tú conoces) entre La Tempestad, de Shakespeare y el Quijote de Cervantes.

El arte contribuye poderosamente a la felicidad y al mejoramiento sociales; sabes porqué?

Será porque copia o reproduce lo que existe materialmente, lo que todo el mundo ve y toca, y porque consigue despertar en el hombre las mismas impresiones que las escenas reales despiertan en él?

Todo lo contrario.

El arte contribuye al mejoramiento social, porque por medio de él, el común de las gentes participa de la visión de los hombres excepcionales, y se eleva y ennoblece en la contemplación de aquello cuya existencia no conocería si el poeta no lo dijera: levanta la frente: sube conmigo a las regiones de la belleza: la atmósfera es pura porque acaba de atravesar la tempestad del genio que como las tempestades de la tierra purifica el ambiente.

En una palabra: el arte no es otra cosa que la reproducción sensible de la vida, ideal.

Y la vida única de la inteligencia es la verdad, como la única vida de la voluntad es el bien.

De ahí que la única fuente de belleza artística, sea el pensamiento en que el bien se difunde y la verdad esplende: de ahí que, como antes te decía, el poeta no pudo decir mentiras.

Yo debía, pues, decir la verdad en TABARE: inocularla en el organismo literario que amasaba con el limo de nuestra tierra virgen y hermosa.

No extrañes que haya elegido una verdad llena de inmensa tristeza: las que más aprietan el corazón son las que más

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

eficazmente lo exprimen, las que lo hacen verter su jugó más íntimo.

El de mi alma va en TABARE: Por eso te ofrezco en una fecha que nos a querida.<sup>1</sup>

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

Buenos Aires, 19 de Agosto de 1886

---

<sup>1</sup> Después de escrita esta página que respeto hasta en sus incorrecciones, antes de darla a la prensa, mi esposa ha muerto... He bendecido la voluntad de Dios que me la dio y me la quitó; he ofrecido a Dios, como holocausto propiciatorio, los pedazos de mi corazón que el destrozó. Con la absoluta evidencia de la fe, sólo veo en el dolor el mundo de las divinas misericordias.  
Sea.

## INTRODUCCION

### I

Levantaré la losa de una tumba;  
E internándome en ella,  
Encenderé en el fondo el pensamiento  
Que alumbrará la soledad inmensa.

Dadme la lira, y vamos: la de hierro,  
La más pesada y negra;  
Esa, la de apoyarse en las rodillas,  
Y sostenerse con la mano trémula,

Mientras azota el viento temeroso  
Que silba en las tormentas,  
Y, al golpe del granizo restallando,  
Sus acordes difunde en las tinieblas;

La de cantar sentado entre las ruinas  
Como el ave agorera;  
La que arrojada al fondo del abismo,  
Del fondo del abismo nos contesta.

Al desgranarse las potentes notas  
De sus heridas cuerdas,  
Despertarán los ecos que han dormido

Sueño de siglos en la oscura huesa;

Y formarán la estrofa que revele

Lo que la muerte piensa;

Resurrección de voces extinguidas,

Extraño acorde que en mi mente suena.

## II

Vosotros, los que amáis los imposibles,

Los que vivís la vida de la idea;

Los que sabéis de ignotas muchedumbres.

Que los espacios infinitos pueblan,

Y de esos seres que entran en las almas

Y mensajes oscuros les revelan,

Desabrochan las flores en el campo,

Y encienden en el cielo las estrellas;

Los que escucháis quejidos y palabras

En el triste rumor de la hoja seca,

Y algo más que la idea del invierno

Próximo y frío a vuestra mente llega,

Al mirar que los vientos otoñales

Los árboles desnudan, y los dejan

Ateridos, inmóviles, deformes,

T A B A R É

Como esqueletos de hermosuras muertas;

Seguidme hasta saber de esas historias  
Que el mar y el cielo y el dolor nos cuentan;  
Que narran el ombú de nuestras lomas,  
El verde canelón de las riberas,

La palma centenaria, el camalote,  
El ñandubay, los talas y las ceibas:  
La historia de la sangre de un desierto,  
La triste historia de una raza muerta.

Y vosotros aun más, bardos amigos,  
Trovadores galanos de mi tierra,  
Vírgenes de mi patria y de mi raza  
Que templáis el, laúd de los poetas;

Seguidme juntos a escuchar las notas  
De una elegía que en la patria nuestra  
El bosque entona cuando queda solo,  
Y todo duerme entre sus ramas quietas;

Crezca laureles, hijos de la noche,  
Que esperan liras para asirse a ellas,  
Allá en la oscuridad en que aun palpita  
El grito del desierto y de la selva.

III

¿Extraña y negra noche? ¿Dónde vamos?  
¿Es cielo esto o tierra?  
¿Es lo de arriba? ¿Lo de abajo? Es lo hondo,  
Sin relación, ni espacio, ni barreras.

Sumersión del espíritu en lo oscuro,  
Reino de las quimeras,  
En que no sabe el pensamiento humano  
Si desciende, o asciende, o se despeña,

El caos de la mente que pujante  
La inspiración ordena;  
Los elementos vagos y dispersos  
Que amasa el genio y en la forma encierra.

Notas, palabras, llantos, alaridos.  
Plegarias, anatemas.  
Formas que pasan, puntos luminosos,  
Gérmenes de imposibles existencias:

Vidas absurdas en eterna busca  
De cuerpos que no se encuentran,  
Días y noches en estrecho abrazo,  
Que espacio y tiempo en que vivir esperan;

Líneas fosforescentes y fugaces,

T A B A R É

Y que en los ojos quedan  
Como estrofas de un himno bosquejado,  
O gérmenes de auroras o de estrellas;

Colores que se enfunden y repelen  
En inquietud eterna,  
Ansias de luz, primeras vibraciones  
Que no hayan ritmo, no dan lumbre, y cesan;

Tipos que hubieran sido y no fueron  
Y que aún el ser esperan,  
Informes creaciones, que se mueven  
Con una vida extraña e incompleta.

Proyectos, modelados por el tiempo,  
De razas intermedias;  
Principios sutilísimos que oscilan  
Entre la forma errante y la materia;

Voces que llaman, que interrogan siempre  
Sin encontrar respuesta;  
Palabras de un idioma indefinible  
Que no han hablado las humanas lenguas;

Acordes que, al brotar, rompen el arpa,  
Y en los aires revientan  
Estridentes, sin ritmo, como notas  
De mil puntos dispersos que se encuentran,



Y se abrazan en vano sin fundirse,  
Y hasta esa misma repulsión ingénita  
Forma armonía, pero rara, absurda,  
Música indescriptible, pero inmensa;

Rumor de silenciosas muchedumbres,  
    Tumultos que se alejan...  
Todo se agita en ronda atropellada,  
En esta obscuridad que nos rodea;

Todo asalta en tropel al pensamiento,  
    Que en su seno penetra  
A hacer inteligente lo confuso,  
A enfrentar lo que huye y se rebela;

A consagrar el ritmo y el sonido  
    La dulce unión eterna,  
La del color y el alma con la línea  
De la palabra virgen con la idea.

Todo brota en tropel, al levantarse  
    La poderosa piedra,  
Como bandada de aves que chirriando  
Brotan del fondo de profunda cueva;

Nube con vida que, cobrando forma  
    Variables y quiméricas,  
Se contrae, se alarga y se revuelve

T A B A R É

Por sí misma empujada en las tinieblas.

Allí cuajó en mí mente, obedeciendo  
A una atracción secreta  
Y entre risas y llantos, y alaridos,  
Se alzó la sombra de la raza muerta;

De aquella raza que pasó desnuda  
Y errante por mi tierra,  
Como el eco de un ruego no escuchado  
Que, camino del cielo, el viento lleva.

Tipo soñado, sobre el haz surgido  
De la infinita niebla;  
En sueño de una noche sin aurora,  
Flor que una tumba alimentó en sus grietas;

Cuando veo tu imagen impalpable  
Encarnar nuestra América,  
Y fundirse en la estrofa transparente,  
Darle su vida, y palpitar en ella;

Cuando creo formar el desposorio  
De tu ignorada esencia  
Con esa forma virgen, que los genios  
Para su amor o su dolor encuentran;

Cuando creo infundirte, con mi vida,

El ser de la epopeya  
Y legarte a mi patria y a mi gloria  
Grande como mi amor y mi impotencia;

El más hábil contacto de las formas  
Desvanece tu huella,  
Como el contacto de la luz, se apaga  
El brillo sin color de las luciérnagas.

Pero te vi. Flotabas en lo obscuro,  
Como un jirón de niebla;  
Afluían a ti, buscando vida,  
Como a su centro acuden las moléculas.

Líneas, colores, notas de un acorde  
Disperso, que frenéticas  
Se buscaban en ti; palpitaciones  
Que en ti buscaban corazón y arterias;

Miradas que luchaban en tus ojos  
Por imprimir su huella,  
Y lágrimas y anhelos esperanzas  
Que en tu alma reclamaban existencia:

Todo lo de la raza: lo inaudito,  
Lo que el tiempo dispersa,  
Y no cabe en la forma limitada,  
Y hace estallar la estrofa que lo encierra.

T A B A R É

Ha quedado en mi espíritu tu sombra,  
    Como en los ojos quedan  
Los puntos negros de contornos Igneos  
Que deja en ellos una lumbre intensa...

Ah! no, no pasarán, como la nube  
Que el agua inmóvil en su faz refleja;  
Como esos sueños de la media noche  
Que en la mañana ya no se recuerdan:

Yo te ofrezco, oh ensueño de mis días!  
La vida de mis cantos, que en la tierra  
Vivirán más que yo... ¡Palpita y anda,  
Forma imposible de la estirpe muerta!

**LIBRO PRIMERO**

**CANTO PRIMERO**

**I**

El Uruguay y el Plata  
Vivían su salvaje primavera;  
La sonrisa de Dios de que nacieron  
Aun palpita en las aguas y en las selvas;

Aun viste el espinillo  
Su amarillo *típo*; aun en la hierba  
Engendra los vapores temblorosos  
Y a la calandria en el ombú despierta;

Aun dibuja misterios  
En el *mburucuyá* de las riberas,  
Anuncia el día, y por la tarde enciende  
Su último beso en la primera estrella;

Aun alienta en el viento  
Que cimbra blandamente las palmeras.  
Que remece los juncos de la orilla  
Y las hebras del sauce balancea;

Y hasta el río dormido

Baja en el rayo de las lunas llenas,  
Para enhebrar diamantes en las olas,  
Y resbalar o retorcerse en ellas.

## II

Serpiente azul de escamas luminosas  
Que, sin dejar sus ignoradas cuevas,  
Se enrosca entre las islas, y se arrastra  
Sobre el regazo virgen de la América,

El Uruguay arranca a las montañas  
Los troncos de sus ceibas  
Que, entre espumas e inmensos camalotes  
Al río como mar y al mar entrega.

El himno de sus olas  
Resbala melodioso en sus arenas,  
Mezclando sus solemnes pensamientos  
Con el del blanco acorde de la selva;

Y al grito temeroso  
Que lanzan en los aires sus tormentas,  
Contesta el grito de una raza humana  
Que aparece desnuda en las riberas.

Es la raza charrúa

De la que el nombre apenas  
Han guardado las hondas y los bosques  
Para entregar sus notas al poema;

Nombre que aun reproduce  
La tempestad lejana, que se acerca  
Formando los fanales del relámpago  
Con las pesadas nubes cenicientas.

Es la raza indomable  
Que alentó en una tierra  
Patria de los amores y las glorias,  
Que al Uruguay y al Plata se recuesta;

La patria, cuyo nombre  
Es canción en el arpa del poeta,  
Grito en el corazón, luz en la aurora,  
Fuego en la mente, y en el cielo estrella.

### III

La encuentra el pensamiento antes que el hombre  
Antiguo la sorprenda,  
En lucha con la tierra y con el cielo,  
Y en su salvaje libertad envuelta.

Para ella, el horizonte cierra el mundo

Con un muro de piedra;  
Tras él duermen las tardes y las lunas;  
Tras él la aurora duerme y se despierta,

Cruza el salvaje errante  
La soledad de la llanura inmensa  
Y el amarillo tigre, como él hosco,  
Como él fiero y desnudo, la atraviesa.

El tigre brama; el indio  
Contesta en el silbido de su flecha.  
¿Dónde va? ¿Qué persigue? Tras su paso,  
Sobre ese hermoso suelo, ¿qué nos deja?

¿Para él está formada  
Esa encantada tierra  
Que a los diáfanos cielos de Diciembre  
Les devuelve una flor por cada estrella?

¿Para él sus grandes ríos  
Cantando se despeñan  
Los himnos inmortales de sus ondas?  
¿Qué fue esa raza que Pasó sin huella?

¿Fue el último vestigio  
De un mundo en decadencia?  
¿Crepúsculo sin día? ¿Noche acaso  
Que surgió oscura de la luz eterna?



La eterna lumbre sólo engendra auroras.

La noche, las tinieblas

Son ausencia de luz; la eterna noche

Es sólo del Creador la eterna ausencia.

En esa raza, en su excelso origen

Aun el vestigio queda,

Como el toque de luz amarillento

Que un sol que muere en los espacios deja.

Hay lumbre en esos ojos siemprehuraños,

Fuego que encienden sólo las ideas;

Mas la lumbre se extingue, y una raza

Falta de luz, se extinguirá con ella.

Nacida para el bien, el mal la rinde;

Destinada a la paz, vive en la guerra...

¡Hojas perdidas en su tronco enfermo

El remolino las arrastra enfermas¡

#### IV

A las tribus lejanas

Convocan las hogueras

Que encendió Caracé sobre las lomas

Como gritos de fuego y de pelea.

Caracé, en cuyo cuerpo  
Las heridas se cuentan  
Como las manchas en la piel del tigre,  
Y por eso le prestan obediencia.

Caracé, en cuyo toldo  
Las pieles y sangrientas cabelleras  
De los caciques *yaros y bohanes*  
Que tu brazo arrancó, prueban su fuerza;

Que tiene diez mujeres  
Que aguzan las espinas de sus flechas,  
Y los fuegos encienden de su toldo,  
Y el jugo de las plantas le fermentan,

Nadie sabe los fríos  
Que ha vivido el cacique; pero cuentan  
Que allá en el tiempo de los soles largos,  
Al Uruguay llegó, desde la sierra.

Lejana, muy lejana,  
Que ve salir el sol, cuando las ceibas  
En que hoy anida el águila, sentían  
Correr la savia en su primer corteza.

Ya entonces había visto  
Cruzar las lunas en las horas lentas;  
Pero aun es joven cual si con sus manos

Contar sus fríos Caracé pudiera;

Aun en sus fuertes dedos  
Es la maza de piedra  
El brazo de la muerte que en las tribus  
Derrama el frío que en Ion huesos queda.

V

¿Por qué el vicio cacique  
A las turbas congrega,  
Toma la maza y apercibe el arco  
Que nadie sino él cimbrar intenta?

Por qué bajo sus párpados  
Brilla con luz siniestra  
La pupila pequeña y prolongada  
En que se encienden sus miradas fieras?

¿Acaso los bohanes  
La vencida cabeza  
Alzan de nuevo, y su guerrera lanza  
Del charrúa clavaron en la selva?

¿Acaso al otro lado  
Del río como mar, las humaredas  
Se ven del indio *querandí*, y provocan

Del Uruguay la tribu turbulenta?

No: Caracé no teme  
Que los indios se atrevan  
A encender junto al *Hum* un solo fuego  
Mientras seis lunas a brillar no vuelvan.

Lo que hace que el cacique  
Ciña a su frente estrecha  
Las plumas de avestruz, y ajuste el ardo,  
Y al par del fuego, su mirada encienda,

Es que tendido estaba  
En la playa desierta,  
Cuando vio que cruzaba por las islas  
Del *Paraná-Guazú*, piragua inmensa.

Que como garza enorme,  
Flotaba entre la niebla  
Dando a los aires las extrañas alas,  
Y volando con rumbo a la ribera.

El Uruguay en vano  
Sale a su encuentro y ladra bajo de ella;  
En vano, con sus olas encrespadas,  
Sus costados airados abofetea;

La nave altiva:

Lanza un grito del cielo que retiembla,  
Llega a la costa y, agarrando al río  
Por la erizada crin, en él se sienta.

## VI

A Caracé el cacique  
Han rodeado las tribus más guerreras,  
Y entre el espeso matorral del río,  
Como banda escondida de luciérnagas,

Los ojos de los indios fosforecen,  
Al ver sobre la arena  
Cómo descenden de la extraña nave  
Los hombres blancos de la raza nueva

Y cómo, dando al viento  
Y clavando en el suelo su bandera,  
Se agrupan en su torno, y con sus voces  
La sorprendida soledad atruenan.

¡Extraños seres! Brillan  
A los rayos del sol. Nada recelan.  
Y las lomas los miran y el barranco;  
Y el Uruguay se empina y los observa,

Y los indios ocultos

Mutuamente se muestran,  
Con los brazos desnudos extendidos,  
El grupo extraño que al jaral se acerca.

## VII

Entre inmenso alarido,  
Una lluvia rabiosa de saetas  
Parte del matorral, y de salvajes  
Un enjambre fantástico tras ellas.

La bola arrojadiza  
Silba y choca del blanco en la cabeza,  
Cae al sepulcro el español herido  
Amortajado en su armadura negra,

.....

Y los guerreros blancos  
Huyen despavoridos por las breñas,  
Dejando sangre en la salvaje playa  
Y una mujer en la sangrienta arena.

Parece flor de sangre,  
Sonrisa de un dolor; es la primera  
Gota de llanto que, entre sangre tanta,  
Derramó España en nuestra tierra.

Pálida como un lirio,

Sola con vida entre los muertos queda.  
Caracé, que a su lado se detiene,  
Con avidez salvaje la contempla,

Mientras los rudos golpes  
De las hachas de piedra  
Del postrado español en la armadura  
Y en los cráneos inmóviles resuenan.

### VIII

"De los guerreros muertos  
Vuestra será la hermosa cabellera:  
Su blanca piel ajuste vuestros arcos,  
Y sus dientes adornen vuestras tiendas;

Y sus extrañas armas,  
Ove brillan como el astro, serán vuestras;  
Y los *tipóys* que sus espaldas cubren  
Como las rojas flores a la ceiba.

Caracé sólo quiere  
En tu toldo a la blanca prisionera,  
Que de su techo encenderá los fuegos,  
Los fuegos de] amor y de la guerra".

Tal hablaba el cacique

En sus brazos llevando a Magdalena  
Al bosque solitario de los talas  
En que el indio formó su madriguera.

**IX**

Hermanos del dolor, bardos amigos,  
Trovadores galanos de mi tierra,  
Que me seguís en la jornada oscura  
A través del misterio de la selva:

    Ensayad en el alma  
El acorde otoñal: la noche llega.

El acorde que suena cuando el ave  
Vuelve en silencio al nido que la espera;  
Y hasta el lirio más pálido del campo  
Para dormir en paz su bronce cierra,  
    Y su perfume virgen  
Con el amor de otros perfumes sueña.

Vosotros, los que al paso de la tarde  
Inclináis tristemente la cabeza,  
Y amáis el cielo cuando en él agita  
Su ala tremante la primera estrella;  
    Calzaos las sandalias  
Con que hasta el alma del dolor se llega.



Sí el alma vuestra, oh, bardos!,  
Bañada en el Jordán de la tristeza,  
Es pura como la última palabra  
Que acaso os dijo vuestra madre muerta,

Llegaos en silencio  
Al tálamo sangriento de la selva...  
Es ya de noche; los rumores lloran...  
¡No despertéis a la española enferma

**CANTO SEGUNDO**

**I**

Cayó la flor al río!  
Los temblorosos círculos concéntricos  
Balancearon los verdes camalotes,  
Y en el silencio del juncal murieron.

Las aguas se han cerrado;  
Las algas despertaron de su sueño,  
Y a la flor abrazaron, que moría,  
Falta de luz, en el profundo légamo...

Las grietas del sepulcro  
Han engendrado un lirio amarillento;  
Tiene el perfume de la flor caída.  
Su misma palidez... La flor ha muerto!

Así el himno sonaba  
De los lejanos ecos;  
Así cantaba el *urutí* en las ceibas.  
Y se quejaba en el sauzal el viento.

Siempre llorar la vieron los charrúas;  
Siempre mirar al cielo,  
Y más allá... Miraba lo invisible

Con sus ojos azules y serenos.

El cacique a su lado está tendido.

Lo domina el misterio;

Hay luz en la mirada de la esclava.

Luz que alumbra sus lágrimas de fuego,

Y ahuyenta al indio, al derramar en ellas

Ese dulce reflejo

De que se forma el nimbo de los mártires,

La diáfana sonrisa de los cielos.

Siempre llorar la vieron los charrúas,

Y así pasaba el tiempo.

Vedla sola en la playa. En esa lágrima

Rueda por sus mejillas un recuerdo.

Sus labios las sonrisas olvidaron.

Sólo brotan de entre ellos

Las plegarias, vestidas de elegías,

Como coros de vírgenes de un templo.

### III

Un niño, llora. Sus vagidos se oyen

Del bosque en el secreto,

Unidos a las voces de los pájaros

T A B A R É

Que cantan en las ramas de los ceibos.

Le llaman *Tabaré*. Nació una noche  
Bajo el obscuro techo  
En que el indio guardaba a la cautiva  
A quien el niño exprime el dulce seno.

Le llaman *Tabaré*. Nació en el bosque  
De Caracé el guerrero;  
Ha brotado en las grietas del sepulcro  
Un lirio amarillento.

Sonrisa del dolor, hijo del alma,  
¡Alma de mis recuerdos!  
Lo llamaba gimiendo la cautiva  
Al estrecharlo en el materno pecho.

Y al entonar los cánticos cristianos  
Para arrullar su sueño:  
Los cantos de Belén que al fin escucha  
La soledad callada del desierto.

Los escuchan las dulces alboradas,  
Los balbucen los ecos  
Y, en las tardes que salen de los bosques,  
Anda con ellos sollozando el viento.

Son los cantos cristianos, impregnados  
De inocencia y misterio,  
Que acaso aquella tierra escuchó un día,  
Como se siente el beso de un ensueño.

#### IV

El indio niño en las pupilas tiene  
El azulado cerco  
Que entre, sus hojas pálidas ostenta  
La flor del cardo en pos de un aguacero,

Los charrúas, que acuden a mirarlo,  
Clavan sus ojos negros  
En los ojos azules de aquel niño  
Que se reclina en el materno seno.

Y lo oyen y lo miran asombrados  
Como a un pájaro nuevo  
Que, unido a las calandrias y zorzales,  
Ensaya entre las ramas sus gorjeos.

Mira el niño a la madre. Está llorando,  
Lo mira y mira el cielo,  
Y envía en su mirada al infinito  
Un amor que en el mundo es extranjero.

T A B A R É

Mas ya ama al bosque, porque da su sombra  
    Al indiecito tierno;  
Ya es para ella más azul el aire,  
Más diáfano el ambiente y más sereno.

La tarde, al descender sobre su alma,  
    Desciende como el beso  
De la hermana mayor sobre la frente,  
    Del hermanito huérfano;

Y tiene ya más alas su plegaria,  
    Su llanto más consuelo,  
Y más risa la luz de las estrellas,  
Y el rumor de los sauces más misterio.

.....

V

¿Adónde va la madre silenciosa?  
    Camina a paso lento  
Con el niño en los brazos. Llega al río.  
¡Es la hermosa mujer del Evangelio  
  
¡E invoca a Dios en su misterio augusto!  
    Se conmueve el desierto.  
Y el indio niño siente en su cabeza  
De su bautismo el fecundante riego.

La madre le ha entregado sollozando  
El gran legado eterno.  
El Uruguay, al ofrecer sus aguas  
Entona en el juncal un himno nuevo.

Se eleva, en transparentes espirales  
El primitivo incienso;  
Una invisible aparición derrama  
De su nimbo la luz entre los ceibos.

Se adivinan cantares  
A medio pronunciar que flotan trémulos.  
Y de que seres absortos los escuchan  
Se cree sentir el contenido aliento;

Hay sonrisas posadas  
Entre los puros labios entreabiertos  
De un invisible coro que, en el aire,  
Bate a compás sus alas en silencio.

Hay contacto del cielo con la tierra...  
¡Es que hay allí misterio!  
Vacila el hombre ante su influjo y mudo  
Cierra los ojos, para ver más lejos.

VI

Madre: ¡no llores más! Siempre en tus ojos  
Gotas de llanto veo  
Que humedecen tu voz y tus miradas,  
Tus cantos y tus besos;

Con ese llanto siempre  
Al despertar te encuentro  
Quién lleva, pobre madre, tantas lágrimas  
Hasta el mismo silencio de tus sueños?

¡No llores más! Porque no llores nunca  
Yo rezo, siempre rezo  
La oración qué despierta en mis auroras  
Y se duerme conmigo cuando duermo.

¿Por qué lloras? Las tribus no te ofenden.  
¿Oyes? Están muy lejos.

Beben sangre de Palmas y algarrobos,  
Y después dormirán no tengas miedo.  
En la cruz que reciben las plegarias,  
En esa que has clavado entre los ceibos,  
A hacer su nido bajarán los ángeles  
Y a recoger mis ruegos.  
No llores, que la virgen invisible  
Que me enseñas a amar, vendrá por ellos.



Y a ti también te besaré en la frente,  
Y a nuestro lado velará tu sueño.

La madre sollozaba;  
Estrechaba a su hijo sobre el seno,  
Y sus miradas húmedas  
Escalaban los mundos ascendiendo.

Huían de la tierra, hasta posarse  
En el regazo eterno  
Pero el cielo ansiosas descendían  
El indio niño a acariciar de nuevo.

## VII

Cayó la flor al río,  
Y en el obscura légamo  
Derramó su perfume entre las algas.  
Se ha marchitado, ha muerto.

Las algas la estrecharon  
En sus brazos de hielo...  
Ha brotado en las grietas del sepulcro  
Un lirio amarillento.

**VIII**

Duerme, Hijo mío. mira: entre las ramas  
    Está dormido el viento;  
Así tu llanto  
No será acerbo.

Yo empaparé de dulces melodías  
Los sauces y los ceibos,  
Y enseñaré a los pájaros dormidos  
A repetir mis cánticos maternos.  
El niño duerme, Duerme sonriendo.

La madre lo estrechó dejó en su frente  
Una lágrima inmensa, en ella un beso,  
Y se acostó a morir. Lloró la selva  
Y, al entreabrirse, sonreía el cielo.

**XI**

¿Sentís la risa? Caracé el cacique  
Ha vuelto ebrio, muy ebrio.  
Su esclava estaba pálida, muy pálida...  
Hijo y madre ya duermen los dos sueños.

**LIBRO SEGUNDO**

**CANTO PRIMERO**

**I**

¿Quién ata las pasadas sensaciones  
    En haces de quimeras  
Que, al roce de un recuerdo no buscado  
Juntas en el cerebro se despiertan,  
Y nadando en un medio indefinible  
Con nuestras almas piensan?

Las notas ignoradas que en la noche  
    Hasta nosotros llegan  
¿Por quién son recogidas, ajustadas  
A un ritmo misterioso, a una cadencia,  
Para formar ese himno prolongado  
Con que las sombras ruega:

Esa flotante ebullición sonora  
    Que en el aire semeja  
De mil voces distintas y lejanas  
Los ayes, las palabras o las quejas  
Que a extinguirse temblando a nuestro lado  
Como heridas se acercan?

¿Quién llora con la luna en los sepulcros,  
Y ríe en las estrellas.  
Y respira en las auras otoñales,  
    Y anima la hoja seca,  
Y es Perfume en la flor. iota en la lluvia  
Y en la Pupila idea?

Acaso en los espacios infinitos  
    Que el hombre no penetra,  
La vida y la armonía se difunden  
    En cuyas formas entran,  
Corno elemento indispensable y justo,  
Los ignorados llantos de la tierra.

Los ayes de las razas extinguidas,  
    Su soledad eterna,  
Los destinos oscuros, lo, suspiros,  
Las lágrimas secretas.  
Los latidos que el mundo no comprende  
Y en la eterna armonía se condensan.

vosotros, los que améis los imposibles,  
Los que vivís la vida de la idea,  
Los que sabéis de ignotas muchedumbres  
Que los espacios infinitos pueblan;

Los que escucháis quejidos y palabras  
    Donde el silencio reina

Y algo más que la idea del invierno  
Os sugiere el rodar de la hoja seca.

Escuchad el acorde arrebatado  
Al rumor misterioso de la selva,  
La voz de aquella noche sin aurora  
Que difunde, su sombra en mi leyenda.

## II

La corriente del tiempo,  
En brazos del pasado,  
Como el cadáver de otros tantos hijos,  
Ha dejado los años tras los años.

Al tramontar las lomas Del Uruguay, el astro  
Deja envuelto en la sombra de las islas  
A un villorrio español, que fue fundado

En la desierta margen donde el río  
San Salvador, hermoso tributario  
Del Uruguay, derrama en éste  
Su caudal, entre sauces y guayabos.

El pueblo aquel, sentado en el desierto  
Como un aventurero temerario,

¿Es algo más que una visión de gloria?  
¿Brotó del suelo o descendió de lo alto?

Sus cimientos han sido varias veces  
Con sangre de dos razas amasados;  
Sus techos convertidos en hogueras,  
Varias veces al campo iluminaron;

Y ya, más de una vez en la colina  
Quedaron sus escombros solitarios,  
Como los negros miembros de un gigante  
Por la zarpa del tigre hecho pedazos.

Desde el fondo del bosque, los charrúas  
Observan los bastiones castellanos,  
Las rudas estancadas  
De troncos de algarrobos y quebrachos

Antemura sin fosos ni poternas,  
Remedo de baluarte que, hacia el campo

Defiende el caserío  
Cuyos techos se asoman al barranco.

Techos pajizos de bambú, con hebras  
de la raíz del *ñapindá* amarrados;  
Muros de tierra negros  
Entre despojos de bateles náufragos,

Que rodean la casa construida  
Por Juan de Ortiz, el viejo adelantado,  
    Con sillares de piedra  
Que el tiempo y los incendios respetaron;

Tal es la población conquistadora  
En que aun tremola el pabellón hispano,  
    Serenos como siempre  
El desierto sin nombre desafiando,

En una tierra, madriguera hermosa  
    Del indio más bizarro  
De los que aullaron y aguzaron flechas  
En el salvaje mundo americano:

Como el cachorro oculto bajo el cuerpo  
    Del tigre provocado,  
Así se esconde la uruguaya tierra  
De su indómito rey bajo los arcos.

El indio ruge, al escuchar la planta  
    Del extranjero blanco,  
Con rugidos de rabia y de deseo,  
Siempre en acecho, cauteloso, hurraño.

Brilla el ojo del indio en la espesura;  
    Suena por todos lados  
Su alarido feroz; brotan rabiosos

De entre las flores sus agudos dardos.

¿Dónde se esconden? Donde esconde el viento  
Sus gritos ignorados.

Donde esconde la muerte las lumbreras  
Que enciende sobre el haz de los pantanos.

Allí donde tan sólo se ve un grupo  
De chircas o de cardos,  
Hay rostros, escondidos en la sombra,  
Siempre despiertos, sangre olfateando.

Allá en el matorral algo se mueve...  
¿Quién trepa en el barranco?  
¿Sentís un grito en la lejana orilla?  
Es la muerte... si vais, veréis su rastro.

¿Qué hay más allá? Lo ignoto, lo imprevisto,  
Quizá lo sobrehumano;  
Algo más que la muerte, más oscuro...  
¿Quién se llega hasta él? ¿Quién va a retarlo?

España va, la cruz de su bandera,  
Su incomparable hidalgo;  
La noble raza madre en cuyo pecho  
Si un mundo se estrelló, se hizo pedazos,



El pueblo altivo que, en la edad sin nombre,  
Era el cerebro acaso  
Del continente muerto,  
Ya sumergido en el abismo Atlántico.

Que, no teniendo en sí, para el cadáver  
De aquel coloso espacio.  
Dejó asomar, sobre la vasta tumba  
Miembro insepulto, el mundo americano,

Sólo España ¿quién más? sólo ella pudo,  
Con pasmo temerario.  
Luchar con lo fatal desconocido;  
Despertar el abismo y provocarlo;

Llegarse a herir el lomo del desierto  
Dormido en el regazo

De la infinita soledad su madre,  
Y en él cavar el pabellón cristiano,

Y resistir la convulsión suprema  
Del monstruo aquél al revolverse airado,  
Sin que el pavor le acongojara el alma,  
Ni el resistir le desarmara el brazo.

III

En las torcidas calles del villorio  
La guarnición se ve diseminada:  
Quién aguza en la piedra  
El hierro de su lanza,

Quién enlucé un mohoso  
Capacete, o remalla  
Alguna vieja cota, o busca en vano  
Sobre la gola encaje a la celada;

Quién las piezas ajusta  
De sus gastadas armas,  
Espaldares o antiguas escarcelas  
De coseletes varios arrancadas;

Mientras allá, a la sombra  
Tendido en una acacia,  
Algún soldado arrulla sus recuerdos  
Con un cantar querido de la patria.

El brazo desfallece,  
Sin que por ello desfalezca el alma  
De los rudos guerreros españoles  
Que para dar la postrimer lanzada,

Persiguen y no encuentran

El corazón de la invencible raza  
Que prolonga el honor de su agonía  
Más allá de su vista legendaria

En el cobrizo Pecho de algún indio  
Postrado en la batalla,  
Las escamas grabadas y arabescos  
Se hallaron de las cotas Y corazas.

De los blancos guerreros que el charrúa,  
Con fuerza extraordinaria,  
Estrujaba en el nudo de sus brazos  
Que la Muerte tan sólo desataba;

Y en los dientes de muchos,  
O en sus manos crispadas  
Trozos sangrientos de enemiga carne  
Con vestigios de vida palpitaban

Pero jamás un ruego,  
Nunca una Sola lágrima  
Plegó los labios ni anublo los ojos  
Del sueño de las selvas uruguayas.

#### IV

Sapicán, el cacique mas anciano,

Ya cayó en la batalla  
Después que Por Garay en la llanura  
Vio deshechas sus tribus más bizarras.

Sopló la Muerte y apagó en sus ojos,  
Sedientos de venganza  
El último fulgor. Pero aun la muerta  
Bel indio en las pupilas amenaza,  
Cuando las tribus, con clamor inmenso,  
Del combate separan  
Su cadáver, envuelto en los vapores  
De la caliente sangre que derrama.

Murió; pero en la noche, cuando el astro  
No alumbra las barrancas

Y se duermen las víboras, y agita  
Sólo el *ñacurutú* sus lentas alas;

Cuando las sombras salen de los árboles  
Y con los vientos andan.  
Y la nutria nadando cruza el río,  
Y canta el grillo oculto entre las matas,

El cacique aparece.  
Ya lo han visto las tribus espantadas  
Buscar en vano su arco entre los juncos  
O su maza de pórfido en las aguas.

Cuando como jauría  
De lebreles con alas,  
Vientos de tempestad cruzan rabiosos  
Aullando de la selva entre las ramas;

Cuando las nubes negras  
Se ven amontonadas  
Un momento no más sobre el relámpago  
Que por el fondo de los cielos pasa,

Y las gotas de lluvia  
En las hojas restallan,  
Y golpean el lomo de los tigres  
Que encandilados y encogidos braman.

La sombra silenciosa  
Cruza en los aires pálida,  
En medio la tormenta que acaudilla  
Con su antigua actitud siempre gallarda.

Esa es su frente estrecha,  
Su cabellera lacia,  
Y su saliente pómulo, y sus ojos  
Pequeños, de pupila prolongada.

Al acecho dispuesta  
Y a devorar distancias;

A encenderse, a apagarse entre la sombra,  
Y a comprimir relámpagos de rabia.

El viento que en su torno  
Los centenarios *ñandubáis* descuaja,  
No mueve ni un cabello del cacique  
Que a través de los árboles resbala,

    y si acaso dispersa  
Los miembros de la sombra alguna ráfaga  
De los vientos del Sur vuelven al punto  
A reunirse y cobrar la forma humana,

El rayo no lo ofende  
Aunque a liarse a su cabeza vaya,  
O silbando en su cuerpo se retuerza  
Y lo ilumine con su lumbre cárdena.

El indio sigue mudo,  
Buscando siempre su guerrera maza,  
Y a su paso los tigres se espeluznan  
Y las tribus se esconden espantadas.  
Las plumas erizando,  
Dando graznidos, el fulgor apagan  
De sus redondos ojos las lechuzas  
Que huyen a guarecerse en las barrancas.

Hasta que, al oír el indio

La primera canción que anuncia el alba,  
En el aire sutil pierde sus formas,  
Se diluye en la luz, se va o se apaga.

V

También *Abayubá* cayó en la lucha!  
*Abayubá* a quien llaman  
En vano con sus grandes alaridos  
Las tribus que el cacique acaudillaba.

Era el joven amado  
Del viejo Sapicán; con sus palabras  
Encendía el valor de los charrúas  
Y con su paso y su actitud gallarda.

Aun contaba sus fríos  
Por sus manos que, hiriendo con la maza,  
Eran rudas y fuertes como el viento  
Que sopla al Uruguay desde las pampas.

¡Cómo cayó! Al sentirse  
Pasado por el hierro de una lanza,  
Trepó por ésta hasta morir, cortando  
Con el diente afilado por la rabia.

La rienda del caballo en cuya grupa

El español acaba  
Con el puñal, la destructora brega  
Que la ocupada lanza comenzara.

VI

¿Y *Añagualpo*, el gigante? ¿Y *Yandiconá*?  
También sus sombras vagan  
En la noche sin lunas, y se envuelven  
En el triste vapor de las montañas.

¿Qué fue de *Tabobá*? También ha muerto  
Buscaba en el combate la venganza  
De *Abayubá*, cuando del sueño frío  
Sintió en los huesos la corriente helada.

El fiero *Magaluna*.  
Ligero como el tigre, se abalanza  
Al cuello del corcel del enemigo  
Al que sus dientes y sus uñas clava:

Se agita, grita, ruge.  
Mientras el jinete el pecho le traspasa:

Sólo la muerte lo desprende, y yerto  
El cuerpo sólo se desploma y calla.



No volverá a tenderse  
El arco de algarrobo que ajustaba  
La mano de *Yaci*, del joven indio  
Que daba muerte al yacaré en las aguas:

No encenderá sus fuegos  
En el bosque del Hum ni en sus barrancas  
El valiente *Terí*; las sombras negras  
Gimen cuando se posan en sus armas.

*Maracopá* y *Abaroré* no existen;  
¡*Gualconda* ya es esclava!  
Ya no reirá la dulce *Liropeya*,  
La virgen más hermosa de la playa.

Hija del tiempo de los soles largos,  
Que brillan en las ramas  
Cuando el botón del ceibo se revienta  
Como urna de sangre. Por llevaría

A sus toldos de pieles, muchos indios  
Se hendieron con sus hachas;  
Venció *Yandubayú*,  
Pero la virgen En vano llora y al cacique aguarda.

Murió *Yandubayú*, ¡también ha muerto?  
Jamás en su piragua  
Vendrá a buscar a *Liropeya*, nunca

Se oirá su voz en medio la batalla.

Los hijos valerosos  
De muchas indias, cuando no contaban  
Haber visto diez veces hojas nuevas.  
Abrir en el penacho de las palmas,

Han caído en la lucha  
Dando débiles gritos de venganza;

Sus brazos no eran fuertes y sus flechas  
Eran temidas sólo de las gamas.

Los viejos que habían visto  
Nacer la primer luna, y en los talas  
En que hoy las uñas el leopardo afilea  
Habían visto correr la primer savia,

También hicieron arcos,  
Y aguzaron las puntas de las lanzas,  
Y fueron al combate lentamente  
Apoyados en ellas o arrastrándolas.

Y todos han caído  
Unos tras otros en la diestra pampa;  
Y nadie abrió sus párpados; la noche  
Bajo de ellos quedó, la noche larga,

Triste, sin lunas, la del viento negro,  
    En la que nunca aclara.  
Ya no se mueven los caciques indios,  
No encienden fuegos; para siempre callan.

## VII

Héroes sin redención y sin historia,  
    Sin tumbas y sin lágrimas!  
¡Estirpe lentamente sumergida  
En la infinita soledad arcana!

¡Lumbre espirante que apagó la aurora,  
Sombra desnuda muerta entre las zarzas  
    Ni las manchas siquiera  
De vuestra sangre nuestra tierra guarda,

    Y aun viven los jaguares amarillos!  
¡Y aun sus cachorros maman!  
¡Y aun brotan las espinas que mordieron  
La piel cobriza de la extinta raza!  
Héroes sin redención y sin historia,  
Sin tumbas y sin lágrimas;  
Indómitos luchasteis... ¿Qué habéis sido?  
¿Héroes o tigres? ¿Pensamiento o rabia?

Como el pájaro canta en una ruina,

El trovador levanta  
La trémula elegía indescifrable  
Que a través de los árboles resbala,

Cuando os siente pasar en las tinieblas  
Y tocar con las alas  
Su cabeza, que entrega a los embates  
Del viento secular de las montañas.

Sombras desnudas que pasáis de noche  
En pálidas bandadas  
Goteando sangre que, al tocar el suelo,  
Como salvaje imprecación estalla:

Yo os saludo al pasar. ¿Fuisteis acaso  
Mártires de una patria,  
Monstruoso engendro a quien feroz la gloria  
Para besarlo, el corazón arranca?

Sois del abismo en que la mente se hunde  
Confusa resonancia;  
Un grito articulado en el vacío  
Que muere sin nacer, que a nadie llama;

Pero algo sois. El trovador cristiano  
Arroja, húmedo en lágrimas  
Un ramo de laurel a vuestro abismo...  
Por si mártires fuisteis de una patria!

**CANTO SEGUNDO**

**I**

¿Que queda entonces de la tribu errante  
Del Uruguay? ¿Qué de su altiva raza?  
Aun resta su agonía asida al suelo,  
La fiera agita su convulsa zarpa.

Quedan indios aún para la muerte  
Que cautelosos por los bosques andan,  
Cual rebaños de tigres que en el pueblo  
Siempre encendidas sus pupilas clavan.

De noche, por las lomas o entre el bosque,  
Como gritos de luz, se ven las llamas  
De señales charrúas que se cruzan,  
Se avivan, se repiten o se apagan;

Y alguna vez, el temeroso aullido  
Que algún consejo al terminar levanta,  
Al pueblo llega, en ráfaga del aire,  
Como rumor de tempestad lejana.

Un temor imprevisto y repentino  
Entonces suele atravesar las mallas;

## T A B A R É

Los soldados se miran, y suspenden  
La ardiente relación de sus hazañas;

Parece que en sus labios animados  
Trozase un momento la palabra  
mas pronto, cuando advierten con despecho,  
Que, sin quererlo, ha vacilado el alma,

Sus risas y burlescas maldiciones  
En el silencio momentáneo estallan  
Y, al amor de la lumbre, se reanuda  
Con nuevo ardor la interrumpida plática,

## II

Don Gonzalo de Orgaz, joven bizarro,  
Manda en jefe la plaza;  
La cimera encarnada de su yelmo  
Marcó siempre el peligro en la batalla.

Olvidó muchas veces en la lucha.  
El toque a retirada;  
Era noble y valiente, noble y bueno,  
Bueno y celoso de su stirpe hidalga.

III

¿Por qué el valiente aventurero trajo  
Consigo a Doña Luz la castellana,  
y a su mujer expone a los peligros  
Que ambicionó para lustrar sus armas?

Que hace a su lado. qué hace de sus días  
En esta vasta soledad: qué aguarda  
Esa otra niña, la de tez morena,  
Blanca, la hermosa, la inocente Blanca?

¿Para qué brillan esos ojos negros,  
Profundos hasta el alma.  
Y en que la luz del sol de Andalucía  
Brillo, de estrellas presta a las miradas?

Exprimió el mismo seno que Gonzalo;  
Lloró la misma madre. y solitaria.  
Riendo con el cielo  
En que su madre se perdió llamándola.

Quedó en el mundo sin más sombra amiga  
Que la armadura de su hermano hidalga;  
Allí recuerda su niñez reciente.  
Y espera el porvenir allí sentada.

¿Qué impulso los condujo

A la salvaje tierra americana?  
¡Quién sabe! Acaso el mismo misterioso  
Que une las notas que en el aire vagan.

En prolongado acorde  
De transparentes arpas.  
Que suenan en el viento, en los recuerdos,  
En los vagos crepúsculos del alma.

Que en las noches serenas,  
Y en los rayos de luna columpiadas,  
Se acercan, y se alejan y en los aires  
Las lentas trovas del dolor ensayan:

Ese impulso secreto  
Que, aun de entre las lágrimas,  
Hace brotar a: veces las sonrisas  
Como luces que rielan en las aguas.

Que el polen encendido  
Lleva de palma a palma.  
Y hace nacer los lirios en las tumbas.  
Y en el dolor abriga la esperanza.

Quizá la niña, en cuyos dulces ojos  
Se mueven las miradas  
Como insectos de luz aprisionados  
En urnas de cristal negras y diáfanas,



Allí, en la tierra en que una raza expira,  
Es la nota con alas  
Que mezclada a un acorde moribundo,  
De gritos de dolor hará plegarias.

El *Uruguay*, al verla en sus orillas,  
Palpitaba en sus aguas,  
Y templaba en los juncos, y en la arena  
Dejaba notas, quejas y palabras.

El astro que pasea las colinas,  
Con su dulce mirada  
Seguía a la española que en la tarde  
Paseaba tristemente por la playa;

Y buscaba sus ojos cuando, sola,  
Sentada en la barranca,  
Quedaba confundida en las tinieblas  
Que sus esbeltas líneas esfumaban.

Parece que este mundo americano  
A aquella niña aguarda  
Porque en sus ojos brillen sus estrellas,  
Porque su viento pueda acariciarla,

Porque sus flores tengan quien recoja  
La esencia de sus almas  
Y las corrientes de sus grandes ríos

Que oiga y ame sus canciones vagas.

IV

Era una hermosa tarde.  
Huía la sonrisa de los cielos  
En los labios del sol que la llevaba  
A imprimirla en la faz de otro hemisferio.

De su excursión al bosque  
Tornan Gonzalo y diez arcabuceros,  
Fue eficaz la batida: un grupo de indios  
Viene sombrío caminando entre ellos.

Otros muchos quedaron  
Tendidos en el campo; el viento fresco  
La sangre orea en las hispanas armas,  
Y en la piel de los indios prisioneros.

.....

No son tigres, aunque algo  
Del ademán siniestro  
Del dueño de las selvas se refleja  
En su fiera actitud. Caminan; vedlos.

Son el hombre charrúa,

La sangre del desierto,  
La desgracia estirpe que agoniza  
Sin hogar en la tierra ni en el cielo,

Se estrechan se revuelven,  
Las frentes sobre el pecho,  
En los ojos oscuros el abismo,  
Y en el abismo luz, luz y misterio.

Parece que en el fondo  
De esos ojos a intervalos,  
Un monstruo luminoso se moviera  
Sus anillos flexibles revolviendo;

Con rápidos espasmos  
Se sacuden sus miembros;  
Sus músculos elásticos y duros  
Al salto y la carrera están dispuestos;

La sangre apresurada  
Circula bajo de ellos  
Como corre callado entre las breñas  
Un rebaño de fieras que va huyendo;

No hay en su rostro inmóvil  
Ni siquiera un reflejo  
Del espíritu extraño y concentrado  
Que, al parecer, lo anima desde lejos;

Se advierte en su mirada  
Un constante recelo,  
Y una impasible languidez que tiene  
Algo de triste, mucho de siniestro.

Son esbeltas sus formas,  
Duros sus movimientos;  
La tez cobriza, el pómulo saliente,  
Negros los ojos, como el odio negros.

Sobre los fuertes hombros  
Se derrama el cabello  
En crenchas lacias. rígidas y oscuras,  
Que enlutan más aquel huraño aspecto.

Pupila prolongada  
Que prolongó el acecho:  
Dilatada nariz y estrecha frente  
A que se ajusta enhiesto.

Un erizado matorral de plumas  
De colores diversos  
Que parecen brotar de la cabeza  
Como brotan de un tronco los renuevos.

Jamás mira de frente,  
Jamás alza la voz: muere en silencio,  
Jamás un signo de dolor se posa

Entre sus labios pálidos y gruesos.

No borra ni el suplicio  
Su ademán de desprecio  
Sólo el combate en su fragor arranca  
Estridente alarido de su pecho.

Entonces, semejantes  
A los colmillos del jaguar sediento,  
Brillan entre los labios del salvaje  
Los dientes blancos con horrible gesto.

Son el *hombre-charrúa*  
La sangre del desierto,  
La desgraciada estirpe que agoniza  
Sin hogar en la tierra ni en el cielo.

V

El grupo de Indios, como viva masa  
De apeñuscados cuerpos,  
Adelanta, rodeado de arcabuces,  
Entre las casas del pajizo pueblo.

Salen de sus viviendas las mujeres  
Y los hombres a verlos;  
Ni una impresión se nota en sus semblantes,

Todos caminan impasibles, fieros.

Ah!... todos no: miradlo. ¿Quién es ese

Que se detiene trémulo?

¿No es su pupila azul? Azul, no hay duda.

¿Que hay en ella? ¿Terror? ¿Asombro? ¿Miedo?

¡Extraño ser! ¿Qué raza da sus líneas

A ese organismo esbelto?

Hay en su cráneo hogar para la idea,

Hay en su frente espacio para el genio.

Esa línea es charrúa; esa otra. .. humana.

Ese mirar es tierno. ..

¿No hay en el fondo de esos ojos claros

Un ser oculto con los ojos negros?

La blanda piel de un tigre

Ha ceñido su cuerpo;

No se ha pintado el rostro, ni su labio

Ha atravesado el signo del guerrero.

Es pálido, muy triste; en su semblante

Y en su azorado aspecto,

Hay algo misterioso

Que inspira amor, o desazón, o duelo.

¿Por qué se ha desprendido de su grupo?

¿Se ha apoderado un vértigo  
De ese salvaje enfermo que venía  
Entre los otros indios prisionero?

La onda de un suspiro  
Se ha notado quizá sobre su pecho,  
Y se hubiera creído al observarlo,  
Que ha roto entre los dientes un lamento

No es ira, no es encono; ¿qué es entonces  
Ese temblor extraño de sus miembros?  
¡Así sacude su prisión el alma  
Cuando estallan en ella los recuerdos!

## VI

Es que Blanca, al pasar lo está mirando  
Con inocente empeño,  
Y él clava en ella los azules ojos  
Cual poseído de un pavor intenso.

La mira absorto, fijo, con el labio  
Inmóvil y entreabierto:  
Parece interrogar algo invisible,  
A al mismo, a su sombra, a su recuerdo.

Diríase que alumbra sus pupilas

El cercano reflejo  
De algo como una aparición radiosa  
Sensible sólo para el indio enfermo.

Y por la lumbre intensa de una idea  
Que viene desde adentro;  
Que arde en el alma y llega hasta los ojos  
Y con la otra visión se funde en ellos.

Esperando a Gonzalo estaba Blanca  
En el umbral de su morada: al verlo  
Corrió hacia él, y distinguió al salvaje  
Que allí venía entre los otros presos.

Ved como tiembla el indio  
De ojos extraños de color de cielo.  
Blanca esa noche se encontró llorando  
Al acordarse del salvaje enfermo,

## VII

Cavó una flor al río.  
Los temblorosos círculos concéntricos  
Balancearon los verdes camalotes  
Y entre los brazos del juncal murieron.

Las grietas del sepulcro



Han engendrado un lirio amarillento.  
Guarda el perfume de la flor caída,  
La flor no existe: ha muerto.

Así el himno cantaban  
Los desmayados ecos:  
Así lloraba el urutú en las ceibas.  
Y se quejaba en el sauzal el viento,

### VIII

¿Quién es ese charrúa que suspira?  
¿Quién es el prisionero  
Que es capaz de alumbrar con luz del alma  
Esos sus ojos de color de cielo?

*Tabaré* lo apellidan los charrúas,  
*O el hijo de los ceibos. . .*

¡Hijo de mi dolor! una española  
Le decía llorando ha mucho tiempo.

.....

Las grietas del sepulcro  
Han engendrado un lirio amarillento;  
Tiene el hábito de la muerte,  
Su extrema palidez y su misterio.

**IX**

El pánico del indio indescriptible  
Duró sólo un momento;  
Marchando confundido entre los otros  
Se aleja *Tabaré*; pero a lo lejos

Entre el grupo cobrizo se destacan  
Las líneas de su cuerpo  
De una amarilla palidez. La niña  
Lo sigue con los ojos largo tiempo,  
.....

**X**

-¿Quién es Gonzalo, ese Indio que trajiste,  
El de la frente Pálida.  
Qué me miró de un modo tan extraño  
Cuándo venía entre tus hombres de armas?

¿Está enfermo? Qué tiene? Me despierta  
Una profunda lástima.  
¿Qué tiene en esos ojos? ¿Lo recuerdas?  
¿Qué harás con él? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

-¿Lo sé yo acaso? Ese hombre es un misterio,  
Es un misterio, Blanca.  
Al cruzar aquel bosque lo encontramos

En actitud de duelo o de plegaria.

Y es el mismo, lo es, estoy seguro,  
Que he visto en las batallas  
Reír con el peligro y con la muerte,  
Bravo como el aliento de su raza.

¡Y qué! ¿Tiene algún crimen?  
¿No lucha por su hogar y por su patria?  
¿No defiende la, tierra en que ha nacido,  
La libertad que el español le arranca?

Cuando a él nos llegamos,  
No sintió nuestros pasos a su espalda,  
Ni demostró sorpresa, al verse solo,  
Rodeado de arcabuces y de adargas.

Por cárcel este pueblo se le ha dado.

El ha de respetarla.  
Yo probaré en ese hombre si se encuentra  
Capaz de redención su heroica raza.

¡Qué! ¿,Sólo duelo y muerte  
Ha de obtener América de España?  
¡La sangre de esos hijos del desierto  
Más que el orín deslustra nuestras armas!

Gonzalo. no te olvides

De la española sangre derramada,  
Le dijo Doña Luz-, esos salvajes  
Hombres no son; la redención cristiana

No alcanza a redimirlos,  
Pues para ellos no fue: no tienen alma;  
No son hijos de Adán no son, Gonzalo;  
Esa estirpe feroz no es raza humana.

## XI

Duermen los indios prisioneros, duermen  
Tendidos en el suelo, como masa  
De bronce que se mueve y que palpita  
Con aliento vital en las entrañas.

Sobre aquellas cabezas que, en los brazos  
Y, entre cabellos rígidos descansan,  
No se siente pasar un solo ensueño;  
Nada invisible por los aires anda.

Pero entre el grupo de dormidos cuerpos,  
Despierta una figura se destaca;  
Inmóvil, con los ojos encendidos,  
Clavada en el vacío la mirada.

Las horas, una a una, la encontraron,

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

Como una sombra vana;  
La vio la noche, la abrazó el Insomnio,  
Y así la halló la claridad del alba.

**CANTO TERCERO**

**I**

Ahí va... callado, cual lo miran siempre

Discurrir por el pueblo:

Extraño, taciturno. El indio loco

Los soldados le llaman; pero, al verlo

Pasar entre ellos pálido, absorbido,

Lo miran en silencio,

Lo siguen con los ojos y, mostrándose

Al salvaje entre sí, dicen: ¿Qué es esto?

-¿Qué dices tú?

-Que es loco rematado

A estar a lo que veo.

-Rematado, bien dicho; ved sus ojos;

Ese indio tiene barajado el seso.

-Moscardón que no gruñe se me antoja

En sus mudos paseos.

-¡Y Parece que sufre!

-¡Ca! Esa gente

No es capaz de dolor... ¡Muere en silencio!

Ved qué pálido está, que desmayado.

Sus pasos son inciertos:  
Parece que su cuello no pudiera  
De la cabeza soportar el peso.

-Es que algo habrá perdido, y anda siempre  
Buscándolo en el suelo.

-¡Y también en el aire!

-¡Cierto! El loco  
Suele buscar en él pájaros negros.

-¿Y si os dijera que ese insano duerme  
Con los ojos abiertos?

-Oiga!

-Como os lo digo. Lo he observado  
Más de una noche, Y me asustó su aspecto.

Si parece un cadáver que nos mira!

-¿,Tendrá el diablo en el cuerpo?

-Todo es posible. Si en las altas horas  
Vais a observar los indios allá dentro,

Entre el grupo cobrizo allí entregado

A su profundo sueño.

Siempre tropezará vuestra mirada

Con los ojos diabólicos despiertos.

Son los de ese indio: no se cierran nunca;

Sentado. inmóvil, yerto.

Lo veréis siempre, hasta en la medianoche,  
Tal cual lo estamos ahora mismo viendo.

-Loco, no hay más

O poseído acaso.

-Qué dices? ¿Le hablaremos?

-Háblale tú Que entiendes de latines

A ver si te contesta.

-No lo creo.

Un mes hace que vive entre nosotros

Ni su voz conocemos. -¿No será mudo?

-No; con el anciano

Ha hablado alguna vez, según entiendo.

-Vedlo, allá va; cuando en aquella loma

Aparezca el lucero,

Frente a nosotros pasará de vuelta;

Puedes salirle entonces al encuentro.

-Pero háblale con tino, con mesura:

Cuida de no ofenderlo;

Sabes que el capitán tiene ordenado

Que al Señor Don Charrúa no iritemos.

-¿No es aquélla la hermosa Doña Blanca?

-La misma. El prisionero

Va a pasar a su lado.



-¡Ved qué hermosa,  
Qué hermosa está con esos ojos negros!

## II

*Tabaré* sigue; se detiene a veces  
    Cuál si escuchara atento  
Y se hunde su mirada en los espacios,  
O vaga en torno suyo con recelo.

Inclina nuevamente la cabeza,  
    Y sigue a paso incierto,  
Como el que va temiendo a cada instante  
Ser sorprendido por oculto riesgo.

Blanca lo observa; sigue de¡ charrúa  
    Los tristes movimientos;  
Espera la ocasión de ver sus ojos,  
Pues sabe que algo ha de encontrar en ellos.

Pero es en vano; el prisionero pasa  
Sin mirarla jamás, nublando el ceño,  
Y, al cruzar frente a ella, se apresura  
Y se aleja temblando, casi huyendo.

Es que cierra los ojos, y no obstante,  
Ve la imagen de Blanca entre los velos

## T A B A R É

De una aurora confusa, imperceptible,  
Que ilumina el nacer de sus recuerdos.

¿Es ella la que flota en su pasado?  
¿Es la blanca visión de sus ensueños?  
A una mujer tan blanca corro aquélla  
Oyó cantar los cánticos maternos.

El indio siente, confusión ignota;  
    Vacila, tiene miedo,  
Busca a la niña, y huye al encontrarla  
Huye de la ilusión y del misterio.

### III

    Así pasaba *Tabaré* aquel día  
Frente a la virgen que, con dulce acento,  
¡Vaya el indio con Dios! ¿Por qué así corre?  
Dijo por fin, ¿le infundo algún recelo?

El se detuvo sin alzar la frente,  
    Cual llamado a lo lejos;  
Cual si la voz tardara largo espacio  
En ir desde el oído al pensamiento.

Y allí fijo quedé, como tocado  
    Por un conjuro; trémulo

Como el corcel que en su carrera escucha  
El bramido del tigre, en el desierto.

Así como una piedra  
Al fondo del abismo descendiendo

Despierta temerosas resonancias,  
Voces lejanas, quejas y lamentos,

La voz de la española  
Descendió al alma del salvaje enfermo,  
Y en ese abismo despertó la vicia,  
La queja, el grito del dolor y el tiempo.

El indio alzó la frente: miró a Blanca  
De un modo fijo, iluminado, intenso.  
Había en su actitud indescifrable  
Terror, adoración, reproche, ruego.

#### IV

-Tú hablas al indio! ¡Tú, que de las lunas  
Tienes la claridad!  
Por que lo hieres con tu voz tranquila,  
Tranquila como el canto del sabía?

Si tienes en los ojos, de las lunas

La transparente luz  
¿Por qué tu alma para el indio es negra,  
Negra como las plumas del *urú*?

¿Por qué lo hieres en el alma oscura?  
¡Deja al indio morir!  
¡Tú tienes odio negro para el indio,  
Para el triste cacique guaraní".

Blanca sintió una lágrima en los ojos  
Y una amargura insólita en el pecho:  
-Yo no tengo odio para ti, charrúa;  
Dijo el cacique con acento ingenuo.

Las pupilas azules del salvaje  
Brillaban asombradas; en sus nervios  
Vibraba el alma. *Tabaré* sentía  
El abismo sonar en su cerebro.

Habla por vez primera a la española:  
Sus palabras, sin orden ni concierto,  
Brotan de entre sus labios como informe  
Tropel de sombras, luces y reflejos.

-¡Oh, sí! Yo sé que acechas  
Mis horas de dolor:  
Sé que, remedas alas de jilgueros  
Donde yo estoy.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

Yo sé que tú el secreto  
Conoces de mi ser,  
Y sé que tú te escondes en las nieblas...  
Todo lo sé!

Que gimes en el viento,  
Que nadas en la luz,  
Que ríes en la risa de las aguas  
Del Iguazú;

Que miras en las altas  
Hogueras del *Tupá*.  
Y en lunas del fuego fugitivas  
Que brillan al pasar.

Tú como el algarrobo,  
Sueño das a beber;  
Y das la sombra hermosa que envenena  
Como él *abué*.

Yo, temiendo tu sombra,  
Tiemblo y huyo de ti,  
Y tú en el despertar de mis memorias,  
Vas tras de mí.

Mis nervios que eran fuertes,  
Fuertes cual *ñandubay*,  
Blandos como el retoño más temprano

Del ombú están...

No ha pasado una luna  
Después que yo te vi;  
Mira cómo está enfermo el indio bravo  
Sólo por ti!

La súplica, el reproche,  
La imprecación, el ruego,  
Se sucedían en la voz del indio  
Y en su ademán nervioso y altanero;

El, que se había alejado  
Con la frente inclinada sobre el pecho,  
Como impulsado por interna fuerza,  
Hacia la niña se volvió de nuevo;

La miró un breve espacio  
Y señaló su rostro con el dedo,  
Cual sí del fondo oscuro de su alma  
Envuelto en luz brotara un pensamiento.

-Era así como tú... blanca y hermosa;  
Era así... . corno tú.  
Miraba con tus ojos, y en tu vida  
Puso su luz;

Yo la vi sobre el cerro de las sombras

Pálida y sin color;  
El indio niño no besó a su madre...  
¡No la lloró!

Les avisnas de fuego de las nubes,  
    Ellas brillaron más;  
Pero el hogar del indio se apagaba,  
    Su dulce hogar.

Han pasado mas fríos que dos vmw  
    Mis manos y mis pies...  
Solo en las horas lentas yo la veo  
    Como *cuerpo que fue*.

Hoy vive en tu mirada transparente  
    Y en el espacio azul. ..  
Era así como tú la madre mía,  
Blanca y hermosa... ¡Pero no eres tú!

    Por ocultar el llanto  
Que, sin mojar sus párpados, acerbo  
Como lluvia de hiel, se derramaba,  
Y empapaba del indio los recuerdos,  
    El infeliz charrúa,  
En convulso y mortal desasosiego,  
Se alejaba sombrío, y se volvía  
A la española en ademán violento:

-Así como tu mano,  
Blanca como la flor del *guayacán*  
Es la que he visto en la batalla siempre  
Mi sudorosa frente refrescar.

La misma mano blanca  
De mí desnudo pecho separó  
El rayo que arrojaban tus hermanos,  
Más rápido que el vuelo del halcón;

La he visto entre sus dedos  
Romper la flecha que a esconder llegó  
En mis venas el sueño de las sombras,  
Ese pálido sueño del dolor...

.....

Pero... ¡no era la tuya!  
Era otra aquella mano, ¿no es verdad?  
¡Dile al charrúa que esos ojos tuyos  
No son los que en sus sueños ve flotar!

Dile que no es tu raza  
La que vierte esa tenue claridad  
Que en el alma del indio reproduce  
Aquella luz de su extinguido hogar;

Aquella luz que el astro de los muertos  
Nunca sabrá copiar,  
Más pura que el reír de las mañanas,



Y el llorar de las tardes, ¡mucho más!

Oh! no: tú eres la sombra,  
Tú no vives la vida como yo;  
¿Por qué has de arrebatarme mis recuerdos  
Y vestirme ante mí de su dolor?

¡Déjame! ¡No me sigas!  
¿No sientes? ¿No lo ves?  
¡El corazón del indio está muy negro!  
¡Triste como la sombra del ahué!

## V

Con movimiento brusco  
Se ha separado de la niña el indio,  
Volviendo la cabeza, cual si huyera  
Temiendo la agresión de un enemigo.

Un eco amargo y triste  
Quedó de Blanca en el absorto oído.  
*Tabaré* atravesó entre los soldados  
Ninguno lo detuvo en su camino.

Blanca siguió con pena  
Con los ojos al indio fugitivo.  
Aquel extraño ser en sí tenía

La atracción de lo oscuro del abismo.

VI

En ese estado en que, movida el alma  
Por fuerza superior, en lo infinito  
Medita, sin consciencia de sus actos,  
Como otro yo, de nuestro ser distinto;

Y conoce los seres del ambiente  
En que vaga desnuda dé sentidos,  
Sin traernos, de vuelta de su viaje,  
Nada que de otros mundos nos da indicios;

Y al despertar la sensación de nuevo,  
Rompe de un sueño el transparente hilo;  
Quedó la niña, hasta que oyó a su espalda  
Que alguien decía: -¿Qué te hablaba el indio?

-¿El indio? ... Nada. ¿En qué estaba pensando?  
¡Ah! Luz, no te había visto  
¿Qué me dijiste? ... Ahora lo recuerdo:  
Nada, nada me dijo.

Y agregó Doña Luz: -¡Pero aquí, hablando  
Lo hemos visto contigo!  
Y Blanca: -¿Sabes, Luz, que ese salvaje

Amó a su madre? El mismo me lo ha dicho.

-¿Y no le temes, Blanca?

-¡Temerlo! Puede ser. Lo que al oírlo

Mi espíritu sintió, fue un algo raro,

Muy semejante al miedo de los niños

.....

Con terror, la mirada

Clavó en su hermana Doña Luz.

-¿Qué ha visto

O creído advertir en sus pupilas?...

Le aconsejó que huyese de aquel indio.

**CANTO CUARTO**

**1**

En la limpia armadura  
De un grupo de guerreros  
Dejaba el sol, al trasponer las lomas,  
Su resplandor postrero.

Las flotantes cimera  
De los ferrados yelmos  
Al viento de la tarde se agitaban  
Con blando movimiento.

Como españoles bravos;  
Como soldados, crédulos;  
Siempre el brazo a la lucha apercebido  
Y el alma a las consejas y a los cuentos,

Los del corro escuchaban  
A un camarada viejo,  
En su adarga los unos apoyados  
Y sentados los otros en el suelo.

II

-¿Dicen que es un fantasma  
Eso que ancla de noche por el pueblo?  
-No es otra cosa, a mi sentir: la sombra  
De algún cacique muerto.

-Que es un indio no hay duda;  
Lleva en la frente plumas, y su cuerpo...  
-Su cuerpo! ¿Acaso piensas  
Que esa sombra impalpable ha de tenerlo?

-¡Será posible!

-¡Y tanto!

No es el primer espectro  
Que, haciendo yo la guardia en los bastiones  
Se ha llegado hasta mí. Bien lo recuerdo.

La noche en que Garay venció a los indios  
En aquel llano que se ve a lo lejos,  
Vi muchas de esas sombras  
Que cruzaban gimiendo entre los muertos.

La flor y nata de indios y caciques  
Cayó en el lance aquel. Si los espectros  
No se hubieran entonces presentado.

No sé cuándo lo hicieran, voto al cielo!

No es de extrañar, por ende.  
Que ese fantasma que de noche vemos,  
Viniera a presagiar ruinas o males  
Y es fuerza le arranquemos su secreto.

### III

Más que con los oídos,  
Con los ojos oyeron,

Los soldados absortos, las consejas  
Del camarada viejo;

No quisieron los unos  
Habérselas con muertos;  
Pero los más serenos y esforzados  
No sin algún recelo,

En velar esa noche  
Se pusieron de acuerdo,  
Para tender una emboscada heroica  
Al vagabundo espectro.

IV

El último soldado  
De los que por las calles discurrieron,  
Se perdió en la penumbra de las chozas  
Del villorrio desierto.

Cayó la noche, y embozado en ella  
Quedó San Salvador. El viejo Tiempo  
Sobre las altas horas se adelanta  
Con paso soñoliento. .

Todos duermen! las aves en el nido,  
Los niños en el cielo,  
En las cunas los ángeles  
Y en las ramas inmóviles el viento.

Sólo vela el soldado  
Que está de guardia en el bastión del pueblo,  
Y algún perro que ladra, se levanta,  
Y sobre el musgo tiéndese gruñendo.

Tranquila está la noche; las estrellas  
Se ven brillar muy lejos;  
Como una sombra que entre ruinas anda  
La luna entre las nubes va en silencio.

V

Alguien también en vela está sin duda  
Allá en un aposento  
De la casa del jefe, en cuyos vidrios  
Se proyecta una sombra por intervalos;

Es la del Padre Esteban,  
Encarnación de aquellos misioneros  
Que del reguero de su sangre hacían  
La primer senda en medio del desierto,

Y marcaban el sitio  
Hasta el cual penetraba el Evangelio,  
Con el cadáver solo y mutilado  
De algún mártir sin nombre y sin recuerdo.

La lumbre, en las paredes  
Del aposento estrecho,  
Dibujaba con mano temblorosa  
Las formas sin color de los objetos;

Y la negra silueta  
Del pensativo monje, sobre el suelo,  
Obediente a la luz se estremecía  
Con un imperceptible movimiento.

Meditaba el anciano



Los destinos secretos  
De aquella pobre raza moribunda  
Que el abismo atraía hacia su seno.

Miraba el Crucifijo,  
Símbolo dulce del amor eterno,  
Interrogaba a sus cerrados ojos,  
y a su labio espirante y entreabierto,

Y entonces recordaba  
Al indio de ojos de color de cielo;  
Miraba en él su estirpe redimida  
Y el clarear de un horizonte nuevo.

Quizá advirtió en la frente del salvaje  
El imborrable sello  
Del bautismo del bosque y en su alma  
Vio brillar algo vacilante y trémulo.

¡Cuántas veces, sentado  
Junto al indio infeliz, de sus recuerdos  
El enjambre dormido despertaba  
Con sólo una palabra o un consejo!

¡Cuántas veces el indio  
Sus pupilas clavó en el misionero,  
Pugnando por secar entre sus ojos  
Gotas de llanto con esfuerzo Interno,

T A B A R É

Y bebió sus palabras  
Inmóvil y suspenso  
Cuando su oído absorto recogía  
El tierno son de los cristianos rezos!

Cuando el indio escuchaba  
El nombre de la Madre del Eterno,  
Madre también del hijo de los bosques,  
Virgen que vive en el azul inmenso,

Entonces se agitaba,  
Se incorporaba y del anciano al cielo,  
Y de éste nuevamente hasta el anciano  
Pasaban sus miradas. En el viejo

Por fin clavaba los azules ojos  
Con triste desaliento,  
Y escondiendo la frente entre los brazos,  
Se tendía clamando: ¡No la encuentro!

.....

El fraile meditaba, meditaba  
Con desolado empeño.  
Cuando creía su Ilusión cumplida,  
Tocaba lo imposible y el misterio.

VI

De pronto, penetró por la ventana  
Algo como un lamento  
Que el monje ya otras noches había oído,  
A ilusión atribuyéndolo;

Pero en aquella noche, claramente  
Al oírlo de nuevo  
Se llegó a la ventana presuroso  
Y la abrió con estrépito.

Una sombra medrosa entre los árboles  
Se levantó del suelo,  
Y, esquivando la luz, huyó hacia el río  
Como empujada por extraño vértigo.

Las plumas que en su frente  
Hacía mover el viento,  
Denunciaron la forma de un charrúa,  
Que conoció al instante el misionero.

Miró a la alcoba en que dormía Blanca,  
Miró en seguida al cielo,  
Y una oración cruzó, sin hacer sombra,  
La inmensa soledad del firmamento.

¿Quién es ese charrúa? Es la fantasma

T A B A R É

Que han visto los guerreros,  
Y que acertaron al mirar en ella  
Una sombra, un espectro:

Es *Tabaré* que cuando todo duerme,  
Huye de sus sueños;

Vaga en lo oscuro, huyendo de sí mismo.  
Y llevando la fiebre en el cerebro,  
Hasta caer, guiado noche a noche  
Por un instinto ciego,  
Allí, frente a la casa de Gonzalo,  
Donde hasta el alba permanece yerto.

De la casa del jefe  
Tendido junto al cerco,  
¡Cuántas noches lloraron su rocío  
De aquel charrúa sobre el cuerpo enfermo!

Allí el *fiacurutú* lo contemplaba  
Con sus ojos de fuego,  
Y, sin temor, las alas agitando,  
Muy cerca de él pasaba el teru-tero.

Allí estaba la noche  
En que oyó el Padre Esteban su lamento,  
Y al verse sorprendido huyó sin rumbo  
Sobrecogido de un pavor intenso.

De su amor imposible,  
De su desconocido sentimiento  
Volaba ante la sombra, que sentía  
Correr tras él, asida a sus cabellos;

Las carnes erizadas,  
Temblorosos y rígidos los miembros,  
Dilatadas y ardientes las pupilas,  
Corría tropezando y sin aliento.

Las sombras de los árboles  
Que la luna trazaba sobre el suelo;  
Las zarzas que sus pies ensangrentados  
Mordían, al romperse con estrépito;

Los ladridos agudos  
De los perros despiertos;  
Las aves que, a su paso, levantaban  
De aquí y de allá su sonoro vuelo;

Todo atronaba el exaltado oído,  
Todo enconaba el vértigo  
De *Tabaré* el charrúa que seguía  
Su carrera sin rumbo y sin objeto.

VII

Los soldados que el golpe concertaron,  
A su paso febril se interpusieron,  
Asestando sus picas y arcabuces  
A su desnudo pecho.

Los dilatados ojos  
Clavó el salvaje en ellos,  
Escondido en la sombra proyectada  
Por un grupo de ceibos.

La fiebre comprimía su cabeza  
Con sus dedos de acero,  
Y un temblor convulsivo sacudía  
Sus ateridos miembros.

-¡Dinos quién eres!  
- Háblanos!  
-Si eres fantasma bueno,  
Habla, en nombre de Dios!  
-¡Si no respondes,  
Espíritu infernal, te juzgaremos!

¡Dale tu con la lanza  
Veremos si habla; hiérela  
Y Por Si fuere espíritu maligno,  
El signo de la cruz haz en el hierro.

Cuida que no te esquivo  
Porque mucho me temo  
Que nos haga cegar. Este fantasma  
Al irse o estallar puede ofendernos.

-¡Ca No tiene bastante  
Potestad para eso.  
¿No ves que está temblando? ¿No lo sientes?  
¡Herir con brío! ¡No tenerle miedo!  
.....  
.....

Cual tigre acorralado,  
Volvía el indio su mirar de fuego,  
Todo el furor salvaje  
Sintiendo en su alma y en sus duros nervios;

Y el asta de la lanza  
Dirigida a su pecho,  
Como por un zarpazo arrebatada  
Crujió y saltó en astillas de sus dedos.

Aunque el asombro embarga a los soldados,  
No vacilan por ello,  
Y con creciente ardor, sus alabardas  
Buscan herir al infernal engendro.

El indio, sacudido por la fiebre,

## T A B A R É

Siente que ya su cuerpo  
Va a desplomarse, pues sus piernas trémulas  
Se doblan a su peso,

Cuando a espaldas del grupo,  
Clamó una voz cansada: ¡Deteneos!  
Y con la frente cana descubierta  
Se vio llegar jadeante al misionero.

Se abrió paso hasta el indio  
Tendiéndole los brazos: éste al verlo  
Se aferró a su sayal, dobló la frente  
Y en tierra dió con su extenuado cuerpo.

## VIII

Del seno de una nube,  
Sus desflecadas orlas encendiendo,  
Salió la luna que alumbró piadosa  
La yerta faz del infeliz enfermo.

-*Tabaré* -prorrumpieron los soldados.

-¡El indio de los ceibos!

-¡El Indio loco!

-¡El de los ojos verdes!

-¡El fantasma del cuento



El fraile la cabeza  
De *Tabaré* apoyó sobre su pecho.  
Los soldados entonces se engañaban  
Al creer que el Indio aquel no era un espectro!

CANTO QUINTO

I

Desleída en las tintas de la aurora,  
La luz se disolvió de las estrellas;  
    La risa de los cielos  
Ha despertado el himno de la tierra.

El ombú solitario de las lomas,  
La copa verde apenas balancea;  
    El sauce besa al río,  
Y el talle esbelto cimbran las palmeras.

Su carnoso ropaje verdinegro  
Sacude el canelón de las riberas;  
    La flor del camalote,  
Morada y blanca, en la corriente juega

Como gotas de sangre que sonríen,  
Las margaritas rojas se despiertan;  
    Despiertan las azules  
Y esas hijas sin nombre de la yerba,

De un amarillo y blanco deslumbrantes,  
    Que en el campo se cuentan  
Como las claras noches de Diciembre

Se cuentan en el cielo las estrellas.

Todas las hojas brillan; una savia  
    Joven y turbulenta  
Circula por las cañas y los juncos,  
Da ternura a los brazos de la yedra,

Desabrocha las flores de los talas,  
    Del *guaviyú* y la ceiba,  
Y alegra el corazón de los palmares,  
Y los estambres húmedos revienta.

Los cardos, agrupados o dispersos,  
    Levantán las cabezas  
Con sus coronas frescas y azuladas  
Sobre el tallo espinoso descubiertas;

Y cual ropas tendidas por la noche  
    A secar en la arena,  
Desparramados vense entre espadañas  
Flamencos y gaviotas y cigüeñas:

De dos en dos dispersos y pesados,  
    O en oscuras hileras,  
Se posan en la orilla los chajaes  
Lanzando a ratos su estridente queja;

Pasea cadenciosa entre los juncos,

Con su rítmico andar, la garza esbelta,  
O asoma entre ellos el nevado cuello  
Mientras abre el *biguá* sus alas negras;

Y corren por la arena de la playa  
    Esas aves pequeñas  
De largas patas y afilados picos  
Que en su base sutil se balancean,

Cual si intentaran emprender el vuelo  
    Y de ello desistieran,  
Para correr de nuevo por la orilla  
Allí dejando sus ligeras huellas.

Como vapor un tanto sonoro  
    Que en el espacio ondea,  
Los pájaros, como arpas que la aurora  
    De las ramas descuelga,  
    Dan el cantar del día  
Que en temblorosa ebullición se eleva:  
    Nadan en luz las notas  
Y el alma de la luz palpita en ellas.

    El día las recoge  
Y las ajusta al ritmo de una idea,  
Y así elabora el salmo indescriptible  
Que eleva a Dios, al despertar, la tierra.

Las islas van brotando lentamente  
Del seno de las nieblas  
Disueltas en la luz; los horizontes  
A través de los árboles se alejan.

La claridad naciente va ganando  
Colinas y laderas;  
Tras ella el sol dispara victorioso,  
A través de los aires, sus saetas.

## II

¿Quién no siente en el alma  
La fresca sensación de la belleza,  
El dulce descansar de los sentidos  
El instintivo amor a la existencia?

¿Quién no siente en los labios  
Las sonrisas serenas  
En que la luz y la quietud del alma  
Y el escondido amor se transparentan,

Y esas lágrimas puras  
De luz y encantos llenas,  
Que humedecen los ojos sin dejarles  
De llanto ni dolor la amarga huella?

III

El: *Tabaré* el cacique  
A quien las sombras cercan,  
Y a sus pies se retuercen en abismos  
Y en tempestades a su frente ruedan.

Vedlo. Es el indio puro;  
Es el charrúa de la frente estrecha;  
Su sangre afluye al pómulo saliente,  
Su labio tiembla, su pupila humea.

La lucha sostenida  
En la noche anterior ruda y suprema;  
Las armas asestadas a su pecho,  
Que aun cree astilla entre sus manos yertas.

Todo lo encona el alma,  
Todo en ella despierta  
El instinto dormido, el ansia viva  
De libertad, de destrucción y guerra.

Como del fondo obscuro del abismo  
Vuelan las aves negras  
Del fondo de su alma se levantan  
Las fierezas ingénitas,

Que cruzan por sus ojos

En el suelo clavados, y reflejan  
En ellos repentinas llamaradas  
Que en sus pupilas encendidas tiemblan.

En vano de sus labios  
Solícito pretende el Padre Esteban  
Oír una palabra que revele  
Un eco al menos de su lucha interna;

En vano a las memorias  
Que otras veces al indio conmovieran  
Ha llamado en su ayuda  
Para tocarle el corazón con ellas:

La mano del recuerdo  
Esa arruga del ceño no despliega,  
Ni separa esos dedos que serpientes  
Enroscadas semejan.

Oye gritos de muerte y de victoria,  
Silbidos de saetas,  
Aullidos de una guerra inextinguible  
Que su enconado pensamiento atruenan,

Ya la sangre charrúa  
Sólo siente en sus venas,  
Pero asoma a sus ojos azulados  
El alma de la dulce Magdalena.

Y la mortal congoja  
Del indio se apodera,  
y la lucha de un átomo con otro  
Se renueva potente en sus arterias,

Y silba en sus oídos,  
Y estruja su cabeza,  
Y afluye al corazón, y en él estalla,  
Y se difunde por su ser violenta.

#### IV

Doña Luz suplicaba  
Al noble capitán que, ensimismado,  
Escuchaba a su esposa, con los ojos  
Clavados, sin mirar, en el espacio.

Sólo he visto en ese hombre  
Un misterio infeliz, un ser extraño;  
No hallo peligro en él; mas... tú lo quieres.

*Tabaré partirá*, dijo Gonzalo.

-¡Partirá! -dijo Blanca;  
¿Y a dónde ha de ir el indio desgraciado?  
¿Qué será de él en el desierto bosque,  
Enfermo y solo? ¡No hagas tal, hermano!

¿Y qué mal nos ha hecho?



¿Por qué así abandonarlo?  
El pobre *Tabaré* no nos ofende...  
¿Qué vais a hacer? ¿Es una fiera, acaso?

-Blanca; tu siempre niña;  
Le dijo Doña Luz. ¡Qué! ¿Están pensando  
Que son capaces de pasiones buenas  
Esos seres, nacidos para esclavos?

¿Piensas, Blanca, que anoche  
No meditaba un crimen ese bárbaro,  
Cuando en las altas horas felizmente  
En vela le encontraron los soldados?

-Un crimen! No, por cierto.  
¡Un crimen, *Tabaré*! ¿Qué estás hablando?  
Tú no has oído como yo, al charrúa;  
Si lo oyes, Luz, ya no podrás odiarlo.

Oh! No arrojéis al indio.  
Lanzarlo para siempre!... Es inhumano!  
Llamad al Padre Esteban; que él os diga  
Si *Tabaré* el charrúa es un malvado.

-¡Oh! ¡El Padre, el Padre Esteban!  
De masa de indios quiere hacer cristianos!  
Inocente ilusión! El no imagina...  
No puede ser! Arrójalo, Gonzalo.

T A B A R É

Si aun crees que no es culpable  
Después que anoche se le halló velando,  
No le hagas mal; pero, por Dios, arrójalo,  
Dale la libertad; no lo veamos.  
Mientras él está aquí, tú bien lo sabes,  
En mi lecho sentado  
Siempre el insomnio, con la faz de ese indio,  
Introduce sus dedos en mis párpados...  
.....

V

*Tabaré* entró sombrío...  
Don Gonzalo, que solo lo esperaba,  
Busca al mirarlo entrar, mas busca en vano  
Del indio la mirada,

Que chispea en el fondo  
De la órbita ceñuda, como llama  
Que con espesa oscuridad en lucha,  
Se extingue, reaparece y se dilata.

¿Por qué el indio charrúa  
Fue sorprendido anoche por la guardia?  
¿Qué buscaba a esas horas?  
¿Qué intento lo llevaba?

El indio queda Inmóvil en su sitio

Con la cabeza baja.  
Repite su pregunta Don Gonzalo,  
E igual respuesta: el prisionero cana.

El jefe continuó: -Cuando el cacique  
Rompió ante mí su lanza  
En señal de amistad, le di la mía;  
¿No he sido fiel a la amistad jurada?

Diga el indio charrúa si el cristiano  
A sus promesas falta.. .  
¡Conteste *Tabaré*! ¿Qué es lo que intenta?  
Todo es en vano: el prisionero calla.

-En cambio, el indio amigo  
En la alta noche por el pueblo vaga;  
Y en la sombra revela de su frente  
Que en su espíritu hay sombras, sombras malas.

¿Qué plan revuelve en ellas?  
¿Nada en su abono que decirnos halla?  
¡Raza maldita! ¿No es capaz entonces  
De amor y gratitud? ¿Todo es venganza?

Una terrible lucha  
De *Tabaré* en el alma se desata,  
Y como el eco de la lucha interna  
Suena un ronco gemido en su garganta;

Pero calla. Temblor imperceptible  
Discurre por su carne. Onda del alma  
Llega a su cuerpo enfermo, como mueren  
Las olas en la playa.

Compasivo, sin odio,  
El capitán al indio contemplaba;  
Mas recordando el ruego de su esposa,  
-Pues bien, -gritó, con expresión airada,

Ya que el indio charrúa  
Nuestra amistad rechaza,  
Vuelva a sus bosques a enconar sus flechas,  
Vuelva a buscar las fieras sus hermanas.

El español no quiere  
Violar un punto la amistad jurada;  
Pero verá en el indio a su enemigo,  
Al eterno enemigo de su raza.

Vaya libre a su selva,  
Pues no hay amor ni gratitud en su alma;  
Pero jamás donde el cristiano aliente  
Torne a posar la sigilosa planta.

... ..

Don Gonzalo partió. Quiso en el labio  
De *Tabaré* asomar una palabra;  
Alzó la frente... ¡y la inclinó de nuevo!

Mudo y sombrío abandonó la estancia.

**CANTO SEXTO**

**I**

Tras los bosques de acacias de las Islas  
Se esconde el sol; en las más altas ramas  
Deja un toque de luz anaranjado,  
Y polvo de oro en las dormidas aguas.

Tiemblan en los vapores al perderse  
De los cuerpos las líneas esfumadas;  
Cruzan hacia las islas las bandurrias,  
Los cisnes, y los patos, y las garzas.

Que ya, a lo largo del bruñido río,  
Casi rozando el agua se adelantan,  
O forman, en la altura que atraviesan,  
Simétricas y largas caravanas.

El Uruguay se envuelve en su neblina;  
Llega al nido en silencio la calandria;  
Buscando su nocturno alojamiento,  
Aletea la tórtola en las ramas.

Los flexibles y esbeltos sarandíes,  
En su alfombra de juncos y espadañas,  
Abrigan al dormido camalote,

Cuyas hojas se extienden sobre el agua.

Los zorzales se esconden; a lo lejos  
Gritando el teru-tero se agazapa  
Sale a pacer la nutria, y el carpincho  
Deja su cueva al pie de la barranca.

Cual sobre dos abismos reflejados,  
En la orilla los sauces y los talas  
Sobre un cielo proyectan sus cabezas,  
Y en otro cielo sus raíces bañan.

## II

Entretanto, la frente sobre el pecho,  
Y el caos en el alma  
*Tabaré* cruza el pueblo lentamente;  
Vuelve a su selva, a su salvaje patria.

Ya sombrío y huraño y silencioso.  
El monje lo acompaña.  
¿Por qué esa sombra, cuando va a ser libre,  
Libre como el venado de la pampa?

¿No es *Tabaré* charrúa?  
¿No son la libertad, el cielo, el aura  
y la selva nativa y los combates

La pasión del charrúa y la esperanza?

Ay del indio imposible!  
Ya una mujer de la enemiga raza  
Es libertad para él, y cielo y nubes,  
Y hogar nativo, y selvas y batallas!

### III

Cruza entre los corrillos de soldados  
Que hablan tendidos en la yerba, o cantan  
Al ritmo de los golpes que aderezan  
Sus coseletes y maltrechas armas.

Al ver pasar al indio con el monje,  
Suspenden la labor y se levantan:  
El indio loco! dicen por lo bajo:  
Ya lo hallaremos! ¡Ese no me engaña!

-¿Qué pensará, decid, de esa trailla  
Nuestro buen capitán? ¿Acaso aguarda  
A que nos mate aquí como conejos  
En la noche mejor esa canalla?

Darles la libertad! Valiente idea!  
Cual si nada costara darles caza!  
Hierro y fuego les diera, hierro y fuego!



-Hierro, bien dicho, exterminar la plaga!

-¿Pues no ha dado en creer el buen hidalgo,  
Que el indio de estos bosques tiene un alma  
Como la nuestra, y es vasallo y súbdito  
Del Rey Nuestro Señor?

-¡Oiga!

-¡No es nada!

-Como lo oís. El padre franciscano,  
El claro!, lo aconseja, lo acompaña,  
Y aquí estamos, ¡pardiez!, mirando siempre  
Al señor indio como a mente honrada.

-¡Los vasallos del rey!

-¿No es una ofensa  
Que se infiere, decir, al gran monarca?  
¿Qué dices tú, Rodrigo? Tú eres viejo;  
-A ver qué dices tú; deja esa adarga.

-Pues yo... ¿qué he de decir? Veinte años hace  
Que ando en estas diabólicas andanzas  
Por cierto que era yo de la partida  
Cuando encalló la nave capitana.

Fue allí, sobre esa arena, ¡triste noche!  
Veis esa loma? ¿Distinguíis la playa

Que se ve más allá? Tras de aquel árbol,  
Lo veis bien? Tras de aquél, va la barranca.

Pues bien: allí. Cayeron los charrúas  
Sobre nosotros, como avispas bravas;  
Incendiaron las tiendas, y diezmaron  
Nuestra gente más firme y más bizarra.

¡Buena la hubimos, por San Jorge, buena!  
Por poco allí los indios nos acaban!  
Estábamos sitiados en las naves,  
Oyendo sus aullidos y amenazas:

Mirándolos llegar hasta la orilla  
Con gritos e insolentes musarañas,  
Y citar al más bravo de nosotros  
Para retarlo a singular batalla.

Las pieles o cabellos de los nuestros  
Que en el campo quedaron, enastaban  
En sus picas, aullando los malditos,  
Y dando saltos en siniestra danza.

Así pasamos las eternas horas  
Aguardando la muerte, como ratas,  
Hambrientos y desnudos, dando al río  
Tributo de cadáveres; sin armas.

Pues ni un grano de pólvora teníamos  
Que dar al arcabuz; sin esperanza.  
Pues una tempestad hacía imposible  
De recursos humanos la llegada.

Ah, Don Juan de Garay! Sin él, os juro  
Que no llevamos este cuento a España;  
En los barcos hallamos nuestra tumba  
Sin su arribo con tropas bien armadas

Y no era la primera, ¡voto a Sanes!  
Ni la última será... ¡Maldita raza!  
Luchan como demonios, no como hombres.  
Digo bien?

-¡Bien, muy bien!

-Entonces, ¡nada?

¡Bien los conoces! Mientras quede uno  
Capaz de alzar la endemoniada lanza,  
No hay que andar con escrúpulos; al indio  
Lanzazo firme; nada de palabras.

-Lo propio digo yo.

-Pues yo otro tanto,

¿Qué hacemos, ¡vive Dios!, en esta plaza?  
Sin un caballo, expuestos noche y día...

-Noche y día, bien dicho, desde el alba.

Y el capitán. en tanto, se entretiene  
En dar la libertad a esa canalla.  
Buena les diera yo!

-Mirad al indio:

Allá va con el Padre; a ése mañana

Acaudillar acaso lo veremos  
Alguna turba de esos perros.

-¡Cáspita!

Que vengan, voto al diablo!

-¡Que me place!

Tiempo hace ya que no tenemos danza l

-Yo os juro que, en las noches, a mi lado,  
Bosteza mi arcabuz de holganza tanta.

-Bien dicho, el arcabuz!

-¡Oiga! Qué esperan

El indio y el anciano? ¿Qué les pasa?

#### IV

*Tabaré* ya se aleja;

Ya lo despide el monje con palabras  
De consuelo y de amor; indiferente  
Lo escucha el indio que a su lado marcha,

Terrible, duro, con el ceño torvo,

Fiera cual nunca la actitud y huraña;  
Lleva la noche, la infinita noche,  
Sin un rayo de luz en las entrañas.

De pronto se detiene  
En un punto clavada la mirada.  
Qué lo agita? ¿Qué ve? Temblor de muerte  
Por sus rígidos miembros se derrama.

¿La víbora silbando  
Casi invisible en el chirca se arrastra?  
O es el jaguar despierto en la maleza,  
Que hacia el charrúa silencioso avanza?

No: *Tabaré* no teme.  
A la amarilla fiera que a sus plantas  
Ya muchas veces vio, cuando su flecha  
Hasta a morderle el corazón llegaba;

No es fiera lo que ha visto;  
Una mujer lo mira entre las ramas;  
Mirándolo, se acerca al Padre Esteban,  
Y esa mujer que se le acerca es Blanca.

Ya no puede dudarlo:  
No, no es ilusión, no es un fantasma:  
Han crujido a sus pies las hojas secas,  
Ha hecho mover las ramas al tocarlas.

El viento de la tarde  
Viene a agitar con sus movibles alas  
Su cabello en desorden, y en su rostro  
A orear la huella de recientes lágrimas.

Es ella: trae un ramo  
De margaritas en la falda blanca;  
Ella, con sus estrellas en los ojos,  
Sus alas invisibles en la espalda.

Viene la dulce niña  
Como un rayo del alba  
Que en la profunda obscuridad penetra  
Y en el seno negro de la noche aclara.

La trae el mismo impulso  
Que conduce los besos, de las palmas,  
Que despierta sonrisas en los labios  
Y de los ojos lágrimas arranca,

Cuando el alma sonrío  
Y el espíritu llora sin más causa  
Que esas ansias de llanto o de ternura  
Que en ciertas horas nuestro ser asaltan.

Besó la mano al Padre,  
Que con muda sorpresa la observaba;  
Alzó tímidamente la cabeza

Y bañó a *Tabaré* con la mirada.

Al verlo, sacudido  
Por la lucha que su alma despedaza,  
El ceño torvo, ardiente la pupila,  
Convulso y presa de mortales ansias,

En terror y amargura  
El corazón sintió se le inundaba.  
Como si al borde de ignorado abismo  
Después de un corto sueño despertara.

Dió un grito: las azules margaritas  
Rodaron hasta el suelo Por Su falda;  
Se acogió horrorizada al Padre Esteban,  
Y escondió en el sayal la frente helada.

¿Entonces es verdad ¡verdad, Dios santo!  
Que el indio nos odiaba?  
Es verdad que en su pecho no hay latidos  
Y que jamás su corazón se ablanda?

Oh, Padre! ... ¿Por qué entonces de esos seres  
El amor me enseñabais?  
Padre, no me dejéis, volvamos pronto...  
Mirad: la noche baja.

Huye del indio esclavo, me decían,

T A B A R É

Sólo hay odio en su alma;  
No tuvo hogar, ni madre; de ternura  
Su raza es incapaz, todo lo ultraja.

Yo nunca lo creí; yo vi en sus ojos  
Dolor... ¡y tuve lástima!  
Venía a consolar su desventura,  
Y no más... Hice mal? No lo pensaba.

No quise nada más, nada, os lo juro;  
Vine por consolarla.  
Lo sabe Dios muy bien ... Pero ¡qué tarde!  
Qué tarde es ya! Cómo la niebla se alza!

Y el indio, Padre Esteban, me da miedo.  
¿Qué tiene? ¿Qué le pasa?  
Vedlo... Volvamos, por piedad, volvamos.  
Por qué vine hasta aquí? ¡Quién lo pensara!

Indio... Adiós. *Tabaré*. Terror y pena  
Me inspira tu desgracia.  
Qué tarde es ya! ... ¡La Virgen te proteja!  
Anda con Dios a tu salvaje patria!

V

Ya huyendo temblorosa hacia la villa



Blanca exhaló sus últimas palabras.  
La tarde la arropaba en sus vapores,  
Y ella en su seno al parecer flotaba.

El charrúa la vio tenue, impalpable;  
La siguió con estúpida mirada;  
La vio volver de nuevo la cabeza,  
Y ocultarse, por fin, entre los talas.

Cuando la vio perderse para siempre,  
Sintió la soledad. Toda su raza  
En él moría, muda, sin quejarse.  
Sola en la densa noche de su alma.

En brazos del anciano misionero  
Se arroja el indio, cuya tez abraza.  
Solloza... Sus sollozos, cual rugidos  
De fieras moribundas se dilatan.

Al sentir en sus párpados el llanto,  
Exhala un grito de dolor o rabia,  
Un grito que a lo lejos, al perderse,  
Se transforma en lamento o en plegaria:

De pronto, con un brusco movimiento,  
Se desprende del monje; la mirada  
Clava en el punto en que a la vez postrera  
Sobre el fondo del cielo miró a Blanca.

Y huye como la fiera perseguida  
Y se interna en la selva solitaria...  
Largo tiempo se oyeron sus quejidos  
Como si un tigre herido se alejara.

**VI**

Sobre el sayal del monje  
Del charrúa quedó la primer lágrima;  
El supremo dolor entre sus dedos  
Una raza exprimió para arrancarla.

Las horas de la noche  
Ya vestidas de luto se adelantan;  
Y entran al bosque y sus cendales negros  
Van colgando en silencio de las ramas.

Sobre el sayal del monje  
Del charrúa quedó la primer lágrima.  
Para llorar la moribunda estirpe  
Una pupila azul necesitaba!

**LIBRO TERCERO**

**CANTO PRIMERO**

**I**

Genios de las riberas,  
Invisibles espíritus del bosque,  
Que convertís en moscas o en reptiles  
A los indios que vagan por la noche;

Seres que, en las tinieblas,  
Gastáis el tiempo el, ajustar los broches  
De la dormida flor, mientras su ovario  
Abre su amor al encendido polen;

Que elaboráis en ella  
El dulce néctar que la abeja sorbe  
Y los frescos aromas, que sedientos,  
Los labios de los céfiros recogen;

O en la mortal cicuta  
Vivís acurrucados, de los hombres  
Acechando el secreto de la vida  
Y destiláis la hiel de los dolores.

Y agriáis la crespa hierba

Que ni el carpincho ni la nutria comen,  
Y envenenáis al avestruz dormido  
Los huevos bajo el ala sin que os note.

## II

    Virgenes transparentes  
Que os colgáis en las ramas de los molles,  
Y os columpiáis, con vuestros pies trazando  
Rayas de luz sobre la linfa inmóvil ,

    Y en esas lacias hebras  
Con que acaricia el sauce al camalote  
Subís y descendéis llevando al río  
Rayos de luna en haces brilladores;

O hundidas en un lecho de espadañas  
Os reclináis en los desiertos bordes,  
A escuchar el secreto de las olas  
Que transformáis en trémulas canciones;

    Pobladores del aire  
    Leves y multiformes,  
Hijos de los crepúsculos azules  
Que con las alas embozáis los montes;

    Que taladráis el diente

De la víbora" en donde  
Derramáis los licores ponzoñosos  
-Que al infiltrarse, el corazón corroen;

Que en los ojos del tigre  
Encendéis vuestra antorcha y las visiones  
Preparáis a su luz disparatadas  
Y las vaciáis en sus extraños moldes;

Que en la blanca osamenta,  
Hacéis brotar los fuegos fatuos dobles,  
Esos que, sobre el haz de los pantanos,  
Ebrios, inquietos e impalpables corren.

Suben, bajan, se arrastran, se persiguen,  
Se agitan y se rompen,  
Y se apagan los unos a los otros  
Sin que el aire los mueva ni los sople;

Almas de los murmullos,  
Espíritus errantes de las flores  
Que, al murmurar, hacéis más perceptible  
El solemne silencio de los orbes;

Invisibles remeros  
Que empujáis blandamente al camalote  
En que navega incorporado el tigre  
Que dormido en la orilla descuidóse;

Engendros de los ríos  
Que recortáis la escama y los arpones  
Del dorado debajo de las islas  
Que en vuestros hombros sostenéis a flote,

Meciéndolas en ellos  
Sin que el río en que nadan se desborde,  
Ni el movimiento imperceptible y blando  
Las húmedas barrancas desmorone;

Seres que, como llamas apagadas,  
Sois de un pasado informe  
La vida actual y eterna, cuyo velo  
La fuerza del espíritu descorre;

Testigos que no mueren.  
Que acompañasteis a las tribus nómades,  
Las visteis desprenderse de su tronco  
Y viajar, sumergiéndose en la noche:

Brotad de entre los tiempos y escuchadme.  
Yo os nombraré por vuestros propios nombres;  
En la forma, en la voz y el movimiento  
Mi espíritu sutil os reconoce.

Cabalgando en las horas que pasaron,  
Que el tiempo enfrena y en su noche esconde  
Desatad vuestras alas puntiagudas

En legiones aéreas y deformes.

¡Horadadme esa tierra!

¡Sacudidme ese monte!

Como caen los cabellos de un anciano  
Como el cardo desgrana sus plumones,

De la muerta cabeza

En que pensó una raza, acaso logre  
Ver desprenderse el pensamiento oculto  
Sobre mi frente cuando yo os invoque.

Dad un vuelco a ese río!

Salid, desde su légamo a sus bordes,  
Con secretos del agua y de la arena,  
De los huesos de piedra que se esconden

En el profundo limo

En que tienen las algas sus amores,  
Se arrastra el yacaré, duerme la raya,  
Y la tortuga sus nidadas pone.

Infundid en ese indio

Que ahora penetra en el callado bosque  
Los latidos postreros de una raza  
Que a vuestro acento viven y responden;

Latidos de esperanzas imposibles,

Rudo y último acorde  
De las arpas malditas que sonaron  
-Pulsadas por la muerte y los dolores.

.....

### III

Es *Tabaré*. Penetra nuevamente  
A su nativo bosque,  
Cuyos añosos árboles lo miran  
Y a su paso sus troncos interponen.

Y le tienden los brazos descarnados  
Con raras contorsiones,  
Como fantasmas que en inmóvil danza  
Cruzan y se retuercen por el monte.

Y en torno de él se agrupan a mirarlo,  
Y así que lo conocen,  
Después de herirlo con los brazos negros,  
Se dispersan en todas direcciones.

Y los duros lagartos al sentirlo  
Hacia sus cuevas corren,  
Y asoman las cabezas puntiagudas,  
Y el largo cuerpo sin calor encogen.

Y las ranas se callan un instante



Mientras pasa, y sus voces,  
Como largos quejidos, a su espalda,  
Cuando ha pasado, nuevamente se oyen.

Y los nocturnos pájaros lo siguen  
En negras procesiones:  
El chajá dando saltos por el suelo,  
Chirriando esos murciélagos enormes.

Que, como manchas de la misma sombra,  
La obscuridad recorren,  
Persiguiendo los átomos, o huyendo  
Atolondrados de invisible azote.

Detrás de cada tronco, acurrucada,  
Parece que se esconde  
Alguna cosa que, al pasar el indio,  
Sigue tras él con movimiento torpe.

El siente a sus espaldas ese mundo  
Que su alma sobrecoge;  
Mas no se vuelve, y apresura el paso  
Y sigue, y sigue sin saber adónde.

¿Cuánto anduvo? El indio no lo sabe.  
Era la media noche  
Quizá, cuando, rendido por la fiebre,  
Detúvose entre rudas convulsiones,

T A B A R É

Pues la luna, en lo alto de los ciclos,  
    Los transparentes bordes  
De las nubes plumizas encendía  
Franjeándolas de tenues resplandores.

De las que ante su disco se atraviesan,  
    Parecen los Jirones  
Las siluetas de negros cocodrilos  
Que la infinita soledad recorren;

Palidecen lejanas las estrellas  
Que, desde lo alto, vuelan hacia el Norte,  
La cruz del Sur se inclina esplendorosa  
Con los brazos tocando el horizonte.

*Tabaré* escucha: En el profundo hueco  
    De sus ojos inmóviles  
Introduce sus dedos el delirio  
Que atruena su cabeza con sus voces;

Y otra fugaces, ora persistentes,  
    Comenzaron entonces  
A hablar y cobrar vida los espacios,  
La tierra, el aire, el corazón del bosque.

IV

Y a los pies del charrúa  
La tierra daba gritos.  
Retorcían los árboles sus troncos  
Como animados de un airado espíritu:

-¡El genio de la tierra  
Ha de morder tus pies, con los colmillos  
De sus víboras negras, que se arrastran  
Silbando como el viento! ¡No eres indio!

-¡Pasa! ¿Por qué me huellas?  
La sangre brota de tus pies heridos.  
¿Por queme manchas? De tu sangre nacen  
Malas serpientes, negros cocodrilos.

-¡No te detengas; huye!  
Aquí en mi ceno no hallarás abrigo;  
Ya para ti la patria es un recuerdo,  
¿No te sientes llamar? Es el abismo.

*Tabaré* oyó la voz, cual si brotara  
De las grietas del suelo removido:  
Lejanas muchedumbres  
A sus pies agitaban el vacío;

Crujían las raíces de los árboles,

Cual si un extraño fluido  
Las retorciera al circular en ellas,  
Dándoles movimientos convulsivos.

Y del añoso ceibo  
Cayó, volteando en animados giros,  
Una hoja seca que miró al charrúa  
Que a su vez la miraba, y ella dijo:

Yo rodaré a tus pies ensangrentados,  
Realidad de mi símbolo;  
El viento me ha arrancado de mi rama,  
A ti te empuja el viento del destino.

Yo vivo con la vida de tu estirpe  
Con tu fiebre palpito;  
Y mi polvo y el polvo de tus huesos  
Van a formar el légamo del río.

Vamos, charrúa; sígueme, salvaje:  
Nos llama el torbellino.  
Tus lunas han pasado; el sueño negro  
Anda en tus venas derramando frío.

Te vuelca el suelo. ¿No lo sientes? Vente;  
Vente, sigue conmigo;  
¿No sientes el aliento de otra raza  
Que te sopla del suelo en que has nacido?

Es la raza de vírgenes tan pálidas  
    Como la flor del lirio,  
Hermosas cual la luna, cuando se hunde  
Entre las aguas trémulas del río;

Y tienen luz de aurora en la mirada,  
    Y sus ojos tranquilos  
Miran con odio al indio de los bosques,  
Y le llaman maldito.

Vamos, charrúa; sígueme, salvaje:  
    Mira aquel remolino.  
Vientos de tempestad vienen de lejos  
Aullando como perros fugitivos.

Las sombras que recorren la maleza  
    Lanzan agudos gritos  
Esas llamas sin luz marcan la ruta  
Por donde corren *los que fueron vivos*.

Los impasibles ojos del charrúa  
    Siguen los vanos giros  
De la hoja en cuyas venas circulaba  
La vida de un espíritu cautivo.

    Que en pie la sostenía,  
la empujaba contra el viento mismo,  
la llevó saltando y retorciéndose,

Siempre mirando y señalando al indio.

V

Oye entonces el aire de la noche  
Que a su lado respira  
Jadeante y con penosa intermitencia  
Como el hálito de alguien que agoniza:

Te ahogas?, le gritaba. Es que en tu bosque  
La muerte sólo habita  
Está poblado el aire por las sombras.  
Por las sombras charrúas que te miran.

Vengo empapado en llanto de las tribus  
Que mueren fugitivas  
Vengo cargado de vapor de sangre  
Que forma sobre el campo una neblina.

¿Sientes los ayes? Es la muerte; corre  
Tras de las madres indias.  
Que huyen sin hijos. Ellos no se mueven:  
Tendidos allá están en las colinas.

Son tus hermanos, muertos en su tierra  
Por la raza maldita.  
Ves esa virgen que en sus sueños anda?

Está empapada de tu sangre. ¡Mírala!

## VI

El Indio está de pie. Todos sus miembros

Ateridos tiritan

Le falta el suelo, y vuelve a recobrarlo

En actitud violenta y convulsiva.

La fiebre en su cabeza espeluznada

Hunde la mano rígida,

Y en sus ojos atónitos llamean

Con fosfórica lumbre las pupilas.

Todo es extraño para él: el viento,

Los árboles que imitan

Seres desnudos, negros, que en su torno,

Se han detenido, y cuyos ojos brillan

Entre cabellos que hasta el suelo bajan,

Y lentamente oscilan;

Brillan marcando el sitio en que se encuentran

Cabezas que, sin verse, se adivinan.

Los rumores que pasan, van dejando,

Por la extensión vacía,

Como esos remolinos que las barcas

Hacen surgir del fondo de las linfas,

Resonancias que brotan de la sombra,

Tumultos que se agitan,

Silencios prolongados que de nuevo

Estallan en confusas vocerías,

O dando paso a una voz triste y aislada,

Voz que parece amiga,

Y dice algo al oído de una lengua

Inteligible, pero nunca oída.

## VII

Por fin. cual si las vagas sensaciones

Que el indio aun percibía

Sufrieran en la nada tenebrosa

Una inmersión violenta y repentina,

*Tabaré* se desploma. Un ruido extraño

Produce su caída.

Se queja el suelo? ¿Quién impone al bosque

Esa actitud de asombro o de atonía?

Las notas que pasaban,

Los rumores que huían,

Las ramas que, inclinadas por el viento,



A levantarse nuevamente iban,

Suspensos han quedado. Es que el *charrúa*

Está en la selva antigua

Del indio *Caracé*; es que ha caído

Sobre el sepulcro de su madre extinta,

La cruz abre los brazos a su lado,

La cruz de la cautiva!

Parece que, inclinando la cabeza,

La cruz al indio en su regazo abriga.

Qué habló con el salvaje, aquella noche,

El alma errante que en la cruz palpita,

Es el secreto de la sombra eterna...

Empieza a amanecer, casi es de día.

**CANTO SEGUNDO**

**I**

¿Quién grita por allá, que tiembla el bosque,  
Y hasta los aires tiemblan?  
Un vago resplandor, allá a lo lejos,  
Sobre el obscuro cielo se proyecta.

Destaca el bosquecillo, cuyas formas  
Vacilantes revela,  
Y alumbra aquel ombú, que solo y negro  
Está de pie durmiendo allá en la cuesta.

Parece que se mueven un instante  
Las lomas soñolientas,  
Que en la turbada obscuridad estaban,  
Y que asoman por entre las tinieblas

De nuevo el alarido temeroso  
En los aires revienta.  
El hambre acaso tiene congregadas  
En esos matorrales a las fieras?

No; las fieras miradlas: en rebaños,  
Tendidas las orejas,  
Saltan de acá y de allá; sobre las lomas

Se detienen volviendo las cabezas;

Emprenden nuevamente amedrentadas

Su rápida carrera;

Y alargando los cuerpos se deslizan

Con sigiloso paso entre las breñas.

Enarcando los lomos amarillos

Acurrucadas quedan,

Y en la profunda obscuridad del soto

Sus dos ojos de fuego centellean.

El avestruz corriendo en la llanura

Ya con las alas sueltas;

Se siente el aleteo de los pájaros

Que abandonan sus nidos y se alejan;

Y se oyen las carreras del venado

Que salta en la maleza,

Y el rumor de manadas de carpinchos

Que corren a buscar sus madrigueras.

## II

¿Quién va? ¿Qué sombras son las que corriendo

Van entre las tinieblas

E indican, con los brazos extendidos,

El resplandor de la lejana hoguera?

Son los indios charrúas. Han brillado

*Los fuegos de la guerra*

En las lomas del Hum; *fuegos de muerte*

Luces del *Uruguay* en las riberas.

Y el indio que al venado perseguía

En las *pampas* desiertas;

Y el que encendía el tronco de algarrobo

En el hogar del valle, y a las flechas

Ataba con los nervios del carpincho

El colmillo de piedra,

O la cuerda del arco retorcía

Formada de flexible enredadera;

Y el que miraba más allá, tendido

Con su eterna indolencia,

A sus mujeres fermentar la chicha

Y levantar las pieles de la tienda,

Todos vieron los fuegos de las lomas

Y alzaron las cabezas,

Y señalando el resplandor gritaron

¡Ahú! ¡Ahú! ¡Ahú! ¡Fuegos de guerra!

Todos caminan; han tomados todos

Sus lanzas y sus flechas;  
Se han pintado los rostros y los cuerpos  
Con rayas muy azules y muy negras,

Inyectando en su piel los jugos agrios  
De las silvestres hierbas  
Que el venado no come ni la nutria,  
Y que crecen de noche entre las piedras,

Bajo las cuales, en las altas horas,  
Ladra el zorro en su cueva  
Y se esconde la iguana perseguida  
Y anidan la lechuza y la culebra.

Todos caminan; llevan en los cuerpos  
Arreos de pelea:  
Las plumas de ñandú sobre la frente  
En las lanzas humanas cabelleras.

¿Adónde van? Donde los llama el fuego,  
El fuego de la guerra;  
El que anuncia la muerte del cacique  
Allá en el bosquecillo, de las ceibas.

Ahú!, ahú!, ahú! Corren los indios  
Gritando en las tinieblas,  
Y el turbado silencio de la noche  
Huye a esconderse en la inmediata selva,

**III**

Las nubes de humo denso iluminado  
Que en el aire se elevan  
Sobre la masa negra de los árboles,  
Marcan el sitio en que las tribus velan;

Desde lejos se ven de los charrúas  
Las oscuras siluetas  
Que, cruzando y saltando entre los troncos,  
Sobre el rojizo fondo se proyectan.

**IV**

¡Extraño funeral! Los indios ebrios  
Avivan diez hogueras  
Encendidas en torno de un cadáver  
Tendido sobre un lecho de maleza.

Es un viejo cacique. El sueño frío  
Se ha entrado por sus venas;  
Nadie Pudo arrancarlo con la boca  
De la piel del anciano; quedó en ella,

Dejándole el color amarillento  
Que entristece a las ceibas  
Cuando el viento se enfría, y de las ramas

Las hojas bajan a morir en tierra,

Los médicos el vientre del cacique  
Han chupado con fuerza  
Por arrancarle el dardo y el gusano  
Que le causaban mal. Inútil brega.

Vedlo tendido, inmóvil, taciturno,  
Tan largo como era;  
Los indios gritan, en su torno corren,  
Y las abiertas bocas se golpean.

El arco de urunday tiene el cadáver  
Entre las manos yertas;  
Han colocado en orden a su lado  
Su lanza y sus macanas y sus flechas,

Y pieles de venado y las vasijas  
En que el zumo fermenta  
De guaviyús silvestres y algarrobas,  
Y de la miel que forman las abejas.

V

Las tribus cuidan de que tenga el muerto  
Las pupilas abiertas;  
Bien atadas han puesto en su cintura

Las silbadoras bolas de pelea;

Y, porque espante entre los negros toldos,

*A Añang y a Macachera*

Con jugos de *urucú* pintan su cuerpo

Y le embijan el rostro que amedrenta.

Tiene azules los pómulos salientes;

Amarillas y negras

Son las rayas que cruzan sus mejillas,

Y su pecho y sus brazos y sus piernas.

El deformado rostro del cadáver

Forma una horrible mueca

Que infundirá terror, cuando al cacique

De los genios del aire se defienda

## VI

Ahú! Ahú! Ahú! Por todos lados

Los indios atraviesan;

Aúllan, corren, saltan jadeantes,

Dando al aire las rígidas melenas.

Hacen silbar las bolas, agitadas

En torno a sus cabezas,

Chocan las lanzas, los cerrados puños



Con feroz ademán al aire elevan,

Y forman un acorde indescriptible

Que en los aires revienta:

Ebullición de gritos y clamores,

Golpes, imprecaciones y carreras.

Ya hiriéndolos de lleno, ya a los lejos

Bañándolos a medias,

Según que a las hogueras se aproximan,

O de ellas con el vértigo se alejan,

La lumbre hace brotar, corno arrancados

Del medio en que voltean,

Cuerpos desnudos, rostros que aparecen

Y se hunden nuevamente en las tinieblas.

## VII

¿No son mujeres esas, las que ahora

Alumbran las hogueras,

Esas que danzan en redor del muerto

Y sus pequeños en los brazos llevan?

Sí; son madres de indios. Sus cabellos,

En oscuras guedejas,

Flotan sobre las mórbidas espaldas

Ceñidos en la frente; mas no velan

Los cuerpos palpitantes y desnudos  
    En que los fuegos tiemblan  
Dando relieve a ¡os redondos senos  
Que sudorosos de cansancio ondean.

Tienen sus movimientos convulsivos  
    Cierta ruda cadencia  
Y sus formas desnudas, a las formas  
De la hembra del venado se asemejan.

Sus ojos negros brillan empapados  
    En la luz y chispean  
Se cimbran sus elásticas cinturas  
En plumas grises de avestruz envueltas.

Los collares de piedras de colores  
    En sus gargantas suenan,  
Y los cintillos de brillantes plumas  
Adornan sus tobillos y muñecas.

El que ajustado en la frente,  
    Al erguirse sobre ésta,  
Da a la figura la esbeltez del pájaro  
Que su penacho en el sauzal ostenta.

Las indias van cantando; sus cantares  
    Son una extraña mezcla  
De alaridos y gritos quejumbrosos

Que en un ritmo monótono se estrechan.

Las ruidosas bandadas de gaviotas  
Que sobre el agua vuelan  
Gritan como esas indias, y en el aire  
Como ellas se revuelven y atropellan.

La turba de los indios las empuja,  
Y las mujeres ruedan  
Heridas, dando gritos que al vagido  
Se unen de sus hijos. No. se arredran:

De nuevo se levantan, y prosiguen  
En su danza frenética,  
Y en los cantares bárbaros que entonan  
En torno del cadáver dando vueltas.

## VIII

En redor de aquel fuego y en cuclillas  
Ved a esas indias viejas;  
Casi con las rodillas sobre el pecho  
Revuelven sus vasijas y bostezan.

Sobre sus rostros penden los cabellos,  
Que el tiempo no blanquea,  
Como retoños lacios y marchitos

Que aun de sus troncos vacilantes cuelgan.

No se adornan los cuerpos angulosos;

Sus mandíbulas secas

Mastican algo que al brebaje arrojan

Que en las silvestres cáscaras fermenta;

Gritan de vez en cuando, y se levantan,

Y de nuevo se sientan.

Hay en sus voces algo de chirrido

Que acaso al grito del chajá se acerca.

## IX

¿Y esos indios de bruces en la sombra?

¿Por qué dan esas quejas?

No es sangre lo que brota de sus manos

Que destrozadas muestran?

Se han cortado los dedos. Son parientes

Del cacique que velan:

Se han cortado los dedos con el filo

De sus hachas de piedra.

Así de que lloraron al anciano

Dan elocuente prueba.

¿Quién pondrá en duda su dolor que a voces

En coro manifiestan?

**X**

Nadie que a medianoche aquellos gritos  
Y clamores oyera,  
Evitaría que el terror helase  
Con un frío de muerte hasta sus venas.

Los llantos de los niños y mujeres  
En el aire se mezclan  
Con los gritos, palabras y alaridos  
De los indios que airados vociferan,

Y con el choque de armas, y el silbido  
De las bolas de piedra,  
Y los golpes de cuerpos desplomados  
Que heridos en el suelo se revuelcan.

**XI**

¿Qué quieren esas gentes? ¿Por qué corren?  
¿Qué ven en las tinieblas?  
¿A quiénes amenazan en el aire  
Y dirigen sus bárbaras arengas?

¡Quién no lo sabe! Espantan a las sombras

Que, en bandadas, se acercan  
Al indio muerto, por cerrar sus ojos  
Y apagarle los fuegos. Ved: son ésas,

Esas que, con sus alas de carancho,  
Entre las ramas vuelan;  
*Curupirá* las sopla y las revuelve,  
El negro *Añanguazú* viene con ellas.

Son los hijos del aire y da la noche  
Que andan en las tormentas  
Encendiendo sus fuegos en las nubes,  
Los grandes ruidos derramando en éstas;

Son los perros que roen a las lunas  
Y apagan las estrellas.  
Y lanzan los ladridos prolongados  
Que suelen escucharse en las cavernas;

Los que afilan los dientes de las víboras  
Dormidas en sus cuevas,  
Y en la hierba que pisan los charrúas  
Las arañitas de la muerte siembran.

Son las sombras malditas que al cadáver  
Del cacique se acercan,  
Para cerrar sus párpados, quedando

Bajo de ellas ocultas; allí esperan

Que se apague del indio la mirada

Y hacia adentro se vuelva.

Entonces lo persiguen y lo acosan

En la noche sin lunas que comienza.

Y allí, escondidos en sus toldos negros,

Le disparan sus flechas,

Fingen rostros horribles en lo oscuro

Y soplan como el viento en sus orejas.

## XII

El viento se ha calmado; algunas voces,

En medio de la incoherencia

De la grita salvaje, con esfuerzo

Acaso se comprendan.

Oíd a esos que cruzan: sus palabras

Claras allí resuenan;

También a aquellos que, con duros gestos

Amenazando el aire vociferan:

-¡Ahúl! ¡Dejad al muerto!

¡Dejad al *tubichá!*

¿Por qué sopláis la lumbre de sus fuegos?

¡Dejad al muerto, *Añang!*

-¡No le cerréis los ojos!

-¡Ahú! ¡Ahú! ¡Ahú!

-¿Sentís ladrar las sombras? Han salido  
Del tronco del ombú.

-¡Corred, seguid aquella Que se revuelve allá!  
Sacude la maleza con las alas, Y agita el *ñapintá*.

¿A quién lleva el fantasma

De rápido correr?

Ya fugitivo, en sus hombros lleva  
Al cacique que fue.

-¡Cómo gritan los árboles!

-Ahú! ¡Ahú! ¡Ahú!

-El aire zumba; son los moscardones  
Que corre, *Añanguazú*.

-¡Persiguiendo la luna

Los perros negros van!

-Los perros negros que a beber comienzan  
Su tibia claridad!

¡Cómo mira esa sombra Con sus ojos de luz!

-¡Y cómo se retuercen y se alargan  
Sus alas de *ñandú*!



-¡El viento! ¡El viento negro!  
¡Allá va! ¡Allá val  
¿Quién zumba en él? ¡Las moscas que conduce  
Gruñendo el *mamangá!*

### XIII

Las sombras de la noche  
Vienen volando en caravana aérea,  
Y luchan con las llamas, las sacuden,  
Y en torno del hogar revolotean.

Las llamas las rechazan,  
Y las detienen en aureola negra,  
En cuyo seno los añosos árboles  
Cobran formas variables y quiméricas.

Los ojos del cadáver  
Horriblemente abiertos, parpadean,  
Parece que sus miembros se estremecen  
Al avivarse el fuego que lo cerca,

O que el rígido cuerpo  
Nada en el aire, flota en las tinieblas,  
Y se hunde, y reaparece, y se transforma  
Cuando la inquieta llamarada amengua,

Formando un fondo negro  
Lleno de líneas vagas y revueltas;  
Un medio en que se esfuman y se mueven  
Formas abigarradas e incompletas.

**XIV**

El viento se ha callado entre los aires;  
Los salvajes jadean;  
Se apoyan en sus lanzas o en los troncos,  
O se dejan caer sobre la hierba.

La grito se enrarece: por el aire  
Las Voces se dispersan.  
Suenan acá los llantos de mujeres;  
Allá los magullados aun es quejan.

Los fuegos no avivados languidecen;  
Sus oscilantes lenguas  
Se mueven como el indio que borracho  
Lleva de un hombro al otro la cabeza.

Corre entre aquellas voces un silencio  
Semejante al que reina  
Sobre la onda del río cuando acaba  
De pasar por el aire la tormenta.



























































































































































































































